



Solo
BUSCO
TU PIEL

PRISCILA SERRANO

Copyright

EDICIONES KIWI, 2021
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, abril 2021

© 2021 Priscila Serrano
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Paola C. Álvarez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[CAPÍTULO 1 Luna](#)

[CAPÍTULO 2 Eloy](#)

[CAPÍTULO 3 Luna](#)

[CAPÍTULO 4 Eloy](#)

[CAPÍTULO 5 Luna](#)

[CAPÍTULO 6 Eloy](#)

[CAPÍTULO 7 Luna](#)

[CAPÍTULO 8 Eloy](#)

[CAPÍTULO 9 Luna](#)

[CAPÍTULO 10 Luna](#)

[CAPÍTULO 11 Eloy](#)

[CAPÍTULO 12 Luna](#)

[CAPÍTULO 13 Eloy](#)

[CAPÍTULO 14 Luna](#)

[EPÍLOGO Luna](#)

[Judith](#)

A ti, Alma de mi alma, por ser más que una amiga.

«Me vi buscando tu piel sin saber que ya era mía».

Eloy y Luna

INTRODUCCIÓN

Ser el primo de la chica que me gustaba no entraba en mis planes, como tampoco sentir como mi corazón se desbocaba cuando la veía salir de la piscina con ese bikini que tapaba poco más que... Era mejor para mí no recordarlo.

Y todo fue por culpa de Mikel, mi mejor amigo, en aquella fiesta, la misma fiesta que se suponía solo sería una reunión de amigos para celebrar mi cumpleaños; ninguna chica de por medio, según él. Todo fue al revés, lo que más había eran chicas y, entre ellas, Luna, mi primita de tan solo dieciséis años. No era que yo fuera mucho mayor, solo nos llevábamos dos años, pero ya era mayor de edad y eso hacía que cambiasen algunas cosas.

Cuando mis ojos se clavaron en los suyos, en ese mismo instante, supe lo que sentía por ella, era un amor de los que te quitaban hasta el aire. En algún momento de mi vida lo pensé, mas no quise hacerle caso. Aquellas señales no podían ser ciertas, nosotros no podíamos ser nada más de lo que ya éramos: familia, primos, casi hermanos, y nuestros padres jamás estarían de acuerdo en esto. Sin embargo, era verla y se me aceleraba el corazón. Una noche, antes de aquella fiesta, me vi caminando descalzo hasta su habitación; era de las que mi tío Hugo y mi padre cogían para pasar tiempo juntos, la noche de fútbol la habían llamado. Esa noche decidieron que yo me podría unir a su banda de hombres, ya me creía uno de ellos, aunque no fuese lo suficientemente mayor como para entender algunas actitudes, sobre todo de mi tío; era un crío.

Cuando se acabó la noche, cada uno se fue a su habitación, no obstante, mi intención no fue más que ir a la suya y verla dormir, observar lo hermosa que era. Luna era la chica más bonita que mis ojos habían visto jamás, su piel canela y ojos verdes hicieron que mi alma se viese alterada y creo que, desde que tenía memoria, fue así.

Nos llevábamos muy bien, demasiado para ser solo primos, casi inseparables. Aunque ambos tuviéramos nuestros amigos, siempre intentábamos buscar un momento para pasarlo nosotros y juro por Dios, que no cambiaba ninguna de esas horas de mi vida por nada en este mundo.

CAPÍTULO 1

Luna

Un año antes.

Miraba por la ventana, la noche era tan bonita, era de esas noches en las que quedarte despierta para ver las estrellas era lo mejor. Salí al balcón con una mantita fina rodeando mis hombros, apenas estábamos entrando en primavera, pero aún por la noche refrescaba. Me senté en una de las sillas que mi padre había comprado para dejar mi lugar favorito perfecto; mi habitación era la única que tenía balcón en toda la casa y, al ser la estancia más pequeña de nuestro hogar, era mía y solo mía... Bueno, la compartía con Eloy, mi primo y mejor amigo, la única persona con la que podía contar y en la que confiaba ciegamente. Tenía amigas, claro que las tenía, pero con ellas no tenía la misma complicidad que con él. Mi mejor amiga era Eva, la conocía desde primaria y, de todas las chicas con las que hablaba, era la que mejor me caía. Sin embargo, estaba enamorada de Eloy y eso me molestaba, por estúpido que pareciera.

Eloy era mayor que yo por solo dos años, pero no era impedimento para llevarnos como nos llevábamos y era eso por lo que no me gustaba que saliera con ninguna otra chica. Si llegaba a suceder, ¿qué ocurriría conmigo? Ya no pasaría tiempo a mi lado y eso no podía permitirlo.

Podría decirse que era una niña a mis quince años, pero era muy madura, ¿no? A veces lo dudada.

Escuché unos pasos acercarse y me giré para comprobar quién era; mi padre salió al balcón conmigo y se sentó a mi lado.

—¿Qué haces aquí tan sola, princesa? —se interesó, mirando el cielo.

—Nada, solo miraba las estrellas —respondí.

—¿Sola? Qué raro, tu primo parece que vive aquí —inquirió, molesto, lo que hizo que lo mirase fijamente.

—¿Te pasa algo con Eloy?

No respondió y eso me preocupó, parecía enfadado y, que yo supiera, mi primo no había hecho ninguna de sus tantas trastadas, las mismas que nos metían en líos de vez en cuando.

—No, nada. —Se levantó—. Vamos, la cena ya está lista y ya sabes cómo se pone mamá cuando no bajas a tiempo.

Sonreí asintiendo, tenía razón. Mi madre, todo lo que tenía de buena y amorosa, lo tenía de diabla cuando se enfadaba. Me quedé unos minutos sola antes de bajar. Me levanté y cogí mi móvil para enviarle un wasap a Eloy.

Luna:

Primito de mi alma y mi corazón, ¿qué has hecho ya?

Mi papá está cabreado contigo y no sé por qué.

Esperé su respuesta, pero, al no llegar, dejé el móvil en la mesilla y salí de mi habitación para bajar a cenar. Mi abuela estaba con nosotros unos días y eso me encantaba, la adoraba, sobre todo sus mimos. Al entrar, ya estaban todos sentados, incluso mi tío Héctor, lo cual me extrañó.

—Hola, tío. ¿Dónde están mi tía y Eloy? —Le di un beso y me senté a su lado.

—Están en la casa, yo solo había venido para arreglar unas cosas con tu padre. Ya sabes, trabajo. —Me guiñó un ojo.

—Claro y mi abuela te ha embaucado con su comida, ¿a que sí? —Soltó una carcajada, asintiendo.

—Ya sabes que su comida me encanta, pero no le digas a tu tía o me matará —eso último me lo dijo al oído.

—Cuidado con la pequeña Robles, se las gasta —mencionó mi padre, como siempre, metiéndose con mi tía Judith.

—No empieces, Hugo —lo regañó mi madre.

Aún no sabía el motivo por el que no se llevaban demasiado bien, yo sabía que lo intentaban, procuraban no pelearse cada vez que estaban juntos, pero a veces les era imposible y eran muy cómicos, al menos las cosas que se decían. Algún día le preguntaría a mi mamá el motivo de esas peleas entre ellos, algún día, cuando fuera mayor..., no creía que me lo contase ahora.

Cenamos en familia, aunque faltaran dos personas en la mesa, siempre era así; estábamos muy unidos. Aunque también faltaba mi tío Jesús, una de las personas más importantes de mi vida. Era mi tío perfecto, el padre que habría tenido si los míos no hubiesen hecho las paces a tiempo; esa historia sí que me la contaron, cómo se separaron y mi madre se enteró de que estaba embarazada de mí. Esa historia tenía sus partes dolorosas, pero también, un final feliz.

Cuando acabé de cenar y ayudé a mi abuela Dora a recoger todo, dejé a mis padres en el salón, solos, les gustaba ver películas antes de ir a dormir, era el tiempo que utilizaban para estar juntos, dado que ambos tenían demasiado trabajo. Intentaron que yo me quedara con ellos tiempo atrás, pero no consiguieron nada, no me gustaba el cine, yo era más de series sangrientas, fantasía pura y dura.

Ya en mi habitación, cogí el móvil para comprobar que mi primo me hubiese respondido, pero no fue así. Me senté, pensativa, era raro que Eloy no me contestase a los mensajes, normalmente, cuando le hablaba, lo hacía de inmediato con una llamada. ¿Habría pasado algo?

De pronto unas manos taparon mis ojos y me tensé asustada.

—¿Quién soy? —En cuanto escuché su voz me relajé, mi primito y sus bromas.

—¡Eloy! —grité, quitando sus manos de mis ojos.

Me levanté y me giré para asesinarlo con la mirada por el susto. Su sonrisa fue tan grande y reluciente que solo con eso me quitó cualquier estado de ánimo negativo que me provocara antes.

—Shhh —chistó, cogiéndome de la mano para tirar de mí y llevarme al balcón.

Nos sentamos en las sillas, uno al lado del otro, y pasó su brazo por encima de mis hombros para abrazarme.

—¿Por qué no puedo gritar? —pregunté.

—Porque no quiero que tu padre sepa que he venido.

Su respuesta me recordó el comentario que mi padre me soltó hacía rato e, inmediatamente, me levanté, cruzándome de brazos y alzando una ceja mientras lo miraba para que me contase todo. Estaba segura de que había hecho algo para que mi padre se hubiera enfadado con él.

—¿Qué? —Arrugó la frente—. No he hecho nada, esta vez no.

—¿Entonces por qué no quieres que mi padre sepa que estás aquí?

—Por nada, solo es tarde y no quiero que te regañen. No quiero que después me echen la culpa porque te quedas dormida por la mañana y faltes al instituto. ¿Te imaginas la cara de tu padre? Seguro que me mataría —aseguró, mas yo no le creí ni una palabra.

Aunque no le podía quitar una parte de razón, si llegaba a faltar un solo día al instituto por

culpa de que mi primo no me había dejado dormirme temprano, nos mataba a los dos. Mi padre, en ese sentido, era muy estricto; los estudios eran algo muy importante para él y que yo sacase buenas notas, lo que más.

Volví a sentarme soltando un suspiro que no le pasó desapercibido, pues me abrazó de nuevo, pero esta vez más apretadamente, cosa que provocó que suspirase otra vez. Aspiré su aroma, cerrando los ojos; me encantaba su olor, me tranquilizaba. Me gustaba el tacto de sus manos, su piel era muy suave. Por unos instantes, me dejé llevar por el silencio, el momento, las estrellas alumbraban de manera mágica y me relajé tanto que me quedé dormida.

Por la mañana, el despertador sonó con tanta fuerza que por poco me caí de bruces contra el suelo. Abrí los ojos de par en par y miré mi alrededor, recordando cómo había llegado a mi cama, pero me fue imposible, pues no llegué por mi propio pie. Había sido Eloy quien me dejó en la cama cuando se percató de que me había quedado dormida y una estúpida sonrisa seguida de un suspiro se me escapó de entre los labios. ¿Qué me estaba pasando? Últimamente, me sentía demasiado bien a su lado, más de lo normal. Mi primo y yo estábamos muy unidos, tanto que lo hacíamos todo juntos, pero íbamos creciendo y había cosas que teníamos que evitar, y nos costaba demasiado.

Escuché unos toques en la puerta, lo que hizo que despertara de mis pensamientos.

—Pasa —le pedí a la persona que estaba al otro lado.

Mi madre entró con una sonrisa y me dio un beso en la frente.

—Buenos días, mi amor. Pensé que tenía que despertarte, no he escuchado el despertador. — Abrí los ojos sorprendida.

—¿Cómo es posible? Ha sonado tan fuerte que por poco me deja sorda. —Nos reímos por mi comentario.

—¿En serio? Pues creo que soy yo la que se está quedando sorda —mencionó, poniendo los ojos en blanco—. Venga, aséate que tu padre ya está esperándote para llevarte al instituto y ya sabes cómo es, no le gusta ir con la hora pegada al culo.

Asentí dándome la vuelta para coger mi ropa e irme al baño para asearme; en quince minutos ya estaba lista, solo me faltaba el toque de mi madre, me gustaba que me hiciera la trenza ella. Cogí el cepillo y, antes de salir de mi habitación, entró ella y me hizo girar.

—Ya sabía yo que venías para que te peinara.

Tenía el cabello muy largo y pesado, tenía mucha cantidad y me costaba la misma vida peinarme yo sola. Antes de terminar, escuchamos los pasos acelerados de mi padre, sabíamos que era él por la manera de caminar. Segundos después entraba en mi habitación y nos miraba con una ceja alzada. Mi madre y yo cruzamos una mirada y nos reímos de él. Era un caso serio con la puntualidad.

—Mira la hora que es, Luna. Ya sabes que no me gusta...

—Ir con la hora pegada al culo, ya lo sé, papá —terminé la frase por él—. Adiós, mami. — Le di un beso y salí de mi habitación, pasando al lado de mi padre.

—Muy graciosillas las dos —mencionó, siguiéndome.

Lo vi despedirse de mi madre y nos fuimos, mi instituto estaba bastante lejos y, aunque podría irme con Eloy en el autobús, prefería llevarme él.

—Papá, ¿por qué nunca viene Eloy con nosotros? —le pregunté dándome cuenta de ese detalle.

Me ojeó unos segundos y lo vi apretar el volante, parecía que el tema Eloy lo sacaba de sus casillas.

—Él prefiere ir con sus amigos en el autobús. ¿Por qué preguntas eso ahora?

—No lo sé, me ha venido a la cabeza.

Lo que quedaba de camino lo hicimos en silencio, no quise preguntarle nada más, no fuera a ser que se enfadara conmigo por algo que no entendía.

Llegamos al instituto justo a tiempo, me despedí de él con un beso en la mejilla y, justo cuando me encaminaba a la entrada, me llamó.

—¡Luna! —me giré—. Hoy te recoge tu tía, ¿vale? A mí no me dará tiempo. —Asentí y alcé la mano para despedirme.

Seguí mi camino, buscando con la mirada a mi mejor amiga y, justamente, la vi pegada a mi primo. Alcé una ceja y caminé hasta ellos para interrumpir lo que fuera que estuvieran hablando.

Me iba a convertir en la prima pesada del grupo, estaba segura de ello, pero no me importaba si con eso conseguía que ninguna chica se le acercase a Eloy, mi Eloy.

CAPÍTULO 2

Eloy

El tiempo siguió su curso, tanto fue así que solo faltaba un mes para mi cumpleaños, un mes para ser mayor de edad y, poco después, Luna, mi prima, cumpliría dieciséis años, aunque aparentaba más, entre la estatura, pues era una chica bastante alta, y sus rasgos, parecía tener más de dieciocho. Era tan guapa, su tez morena y esos ojos verdes que me quitaban hasta el hipo. No sabía cómo iba a poder olvidarme de ella y lo peor de todo era que esto que estaba sintiendo por ella parecía una estupidez de niños. Nunca me percaté de que los sentimientos cada vez se estaban haciendo más fuertes. Sin embargo, no podía pasar nada entre nosotros, éramos primos, familia y entre nosotros solo debía haber amistad, una que cada vez se hacía más fuerte. Nos confiábamos todo... Bueno, todo no, ella no tenía ni idea de lo que estaba sintiendo.

—Hijo, ¿no piensas ir hoy a cenar a casa de tus tíos? —preguntó mi madre, que entró en mi habitación sin tocar.

Estaba encerrado desde hacía unos días, no podía llegar a entender el motivo por el que mi tío Hugo no me dejaba pasar tiempo con Luna. Aunque no había que ser muy inteligente para darse cuenta de que odiaba vernos juntos, a lo mejor se había dado cuenta de que yo miraba a mi prima diferente.

—No tengo ganas —respondí mintiendo descabelladamente.

Claro que tenía ganas de ir, me moría de ganas por estar con ella, mas no podía. No iba a aguantar mucho más las miradas acusadoras de mi tío.

Mi madre se sentó a orillas de mi cama y me miró con una ceja alzada. Yo la ignoré, ya la conocía y sabía que después de esa mirada llegaba la pregunta que más odiaba en este mundo.

—¿Qué te pasa? —Ahí estaba, ¿qué le respondía? ¿Le decía que me estaba enamorando de mi prima? No, claro que no, ¡cómo le iba a decir eso! Le daría un infarto.

—Nada, mamá.

—¿Sabes? Estás muy raro y quiero que sepas que sea lo que sea que te pase, puedes contar conmigo.

La miré con amor, adoraba a mi madre y eran este tipo de comentarios lo que hacía que siguiera adorándola de este modo. Me incorporé para abrazarla y agradecerle todo lo que hacía por mí. Sonrió complacida y se separó para después levantarse, ya tenía que irse.

—Si quieres venir, allí te esperamos. Tampoco estamos tan lejos. —Me guiñó un ojo.

Y tanto que no estábamos tan lejos: éramos vecinos. Mis padres y mis tíos compraron las casas una junto a la otra, así, mi tía Fernanda y mi madre estarían más tiempo juntas, ya que eran uña y carne, como hermanas, mejor dicho, y mi padre con tal de verla feliz hacía lo que ella quería. No era que me estuviera quejando de ser vecino de mi prima, adoraba escalar por las noches el árbol hasta llegar a su habitación y así verla dormir. Algunas veces la pillaba despierta y nos quedábamos un rato hablando o, simplemente, mirando el cielo, cosa que a ella le fascinaba y a mí me gustaba mirarla a ella y suspirar en silencio para que no se diera cuenta.

No pasaron ni diez minutos y ya tenía un wasap de ella.

Luna:

¿Por qué no has venido?

Eloy:

No tenía ganas.

Luna:

Auch, eso me ha dolido.

Eloy:

¿El qué?

Luna:

Que no tengas ganas de verme.

No había dicho eso, pero ella siempre entendía las cosas como le daba la gana. Sonreí, sabía que se estaba quedando conmigo.

Eloy:

No he dicho eso, enana.

Luna:

Soy tan alta como tú

Ten cuidado, no sea que te sobrepase en altura...

Así como en inteligencia.

Eloy:

Auch.

La imité soltando una carcajada.

Luna:

Asómate a la ventana, Romeo.

Fruncí las cejas, levantándome como un resorte, e hice lo que me pidió; abrí la ventana, miré abajo y ahí estaba, tan sonriente como siempre y con una bolsa en la mano derecha.

—Ábreme la puerta, esto pesa.

No le respondí y bajé las escaleras de dos en dos, parecía un adolescente con las hormonas alborotadas... ¿Qué decía? Era un adolescente con las hormonas locas, muy locas. Abrí la puerta y ahí estaba mi prima, la chica que me quitaba el sueño, la misma en la que pensaba durante horas, la que sabía que podía hacer conmigo lo que le diese la gana. Era mi peque, mi enana, mi niña... Era mi princesa.

—Traigo la cena —anunció.

Fue hasta la cocina y yo la seguí.

—¿Cena? —pregunté, confundido.

—Aja, ¿qué pensabas, que iba a dejar que te murieras de hambre? Mi abuela ha preparado tu plato favorito y no has venido —aseguró, abriendo el túper que contenía dos hallacas.

Sí que era mi comida favorita, bueno mi favorita de Venezuela. Me relamí los labios cuando su olor entró en mis fosas nasales, estaba demasiado bueno para dejar que se enfriase. Cogí dos platos para servirnos y saqué el refresco y dos vasos mientras ella cogía los cubiertos. No podía creerme que me hubiera traído la comida, que su padre la hubiese dejado venir aquí, donde estaba solo conmigo. Conforme lo iba pensando, le preguntaba.

—¿Cómo es que has venido? Tu padre no te deja venir a esta hora.

—Ya sabes que con tal de no discutir con tu madre hace lo que sea. Además, tu madre ha contado que te veía triste y mi abuela ha tenido la idea, ya sabes, para levantarte el ánimo —narró mientras me servía mi parte.

—Tendré que agradecerle a mi abu Dora —la molesté, no le gustaba que dijera que su abuela era mía, era muy celosa con ella.

Luna alzó una ceja y yo sonreí complacido, había conseguido mi cometido: molestarla.

—¿Quieres que veamos alguna serie mientras cenamos? —propuse y se quedó pensativa.

—No, prefiero hablar contigo. ¿Qué te pasa? —me atropelló con la preguntita.

—Nada.

—Ajá, nada. No te creo. ¿Qué te pasa? —repitió.

Me levanté, ofuscado, no quería responderle a esa pregunta, no quería que supiera que estaba así por ella, porque la quería, porque soñaba con ella. No lo entendería.

—Eloy, me preocupas —dijo acercándose a mí.

Le di la espalda, no podía ni mirarla en este momento, no cuando lo que quería era otra cosa. Negué intentando quitarme los pensamientos absurdos de la cabeza. Luna cogió mi brazo para hacerme girar y seguí sin mirarla a los ojos, levanté la cabeza para mirar el techo, era mejor eso que darme cuenta de que estaba preocupada y no podía decirle lo que me pasaba.

—Mírame, Eloy —pidió con seriedad. Yo negué—. ¿Por qué no quieres mirarme?

Entonces lo hice, la miré y vi sus ojos aguados, estaba a punto de hacerla llorar y no podía permitirlo, así que la abracé con fuerza y ella escondió su cabeza en el hueco de mi cuello y aspiró, siempre lo hacía, aunque ella pensaba que yo no me daba cuenta de ese pequeño acto que me dejaba temblando. A veces un simple contacto entre los dos era tan fuerte que me costaba superarlo, olvidarlo..., pero ella se calmaba y me gustaba ser quien lo consiguiera.

Nos quedamos así durante unos minutos, unos largos minutos que fueron lo mejor de toda la tarde.

—¿Mejor? —le pregunté y ella asintió—. No me gusta verte triste.

—Y a mí no me gusta verte mal, Eloy, y sé que algo te pasa, pero no quieres contármelo.

—Mejor cenemos, ¿vale? —Se encogió de hombros—. Si no tendré que hacer otra cosa.

Abrió los ojos al percatarse de que estaba a punto de hacerle cosquillas, sin más salió corriendo para que no la alcanzara y se posicionó delante del sofá, como si con eso fuera a cogerla.

—Sabes que te cogeré, Luna. Más tarde o más temprano —aseguré, burlón.

—No me cogerás, pequeño.

Me di la vuelta para dejarla y volví a la cocina, tenía mucha hambre. Dejé que se relajara, que pensara que no iba a hacerle cosquillas, ya se las haría después.

Cenamos en silencio, el único momento que estábamos callados sin decir ni mu.

Cuando terminamos, ella volvió al ataque con la pregunta y de verdad que no sabía qué responderle. Entonces se me ocurrió contestarle algo que sabía que me traería problemas.

—No me iré de aquí hasta que no me cuentes lo que te pasa, Eloy —amenazó, poniendo los brazos en jarras. Estaba muy cómica.

—Está bien, está bien. Te lo diré, pero solo para que te vayas, si no tu padre tendrá más motivos para odiarme —respondí sin darme cuenta de que ese comentario podría dolerle.

—Mi padre no te odia, no seas tonto.

—Lo siento, no quería decir eso —me disculpé, acercándome a ella para hacerla sonreír,

aunque fuera una sonrisa pequeñita, solo con eso conseguía que una luz brillante resplandeciera a su alrededor.

Al final conseguí hacerla reír con mi ataque de cosquillas, tanto que ella huía para que no lo hiciera y cayó como una tonta en mis garras. Me burlé durante unos segundos, hasta que tuve que parar para que no se atragantara con su propia saliva. Volvió a ponerse seria al instante, acto que no sabía cómo conseguía tan pronto después de reír a carcajadas. Me insistió, así que le respondí para que no volviese a preguntar, o eso esperaba.

—Me gusta alguien, ¿contenta? —Abrió los ojos, sorprendida, demasiado, era muy expresiva.

—¿Quién es? —formuló la pregunta con un tono molesto.

—Una chica... no la conoces.

Apretó los labios no muy convencida de mi respuesta, me conocía demasiado y sabía cuándo mentía o decía la verdad y, justamente, en ese momento no estaba siendo del todo sincero. Bueno, que me gustaba alguien era verdad, pero no podía decirle quién era, pues era ella.

—Qué gracioso, no creo que sea un chico. ¿Te gustan los chicos? —respondió con acento venezolano, lo que hizo que me riese de ella. A veces, cuando se enfadaba, hablaba así; pasar tanto tiempo con su abuela tenía que salir por algún lado—. No te rías de mí —pidió, cabreada, mas yo seguía—. Eloy, no te rías, joder.

—Lo siento, lo siento. Es que te pones muy graciosa cuando te enfadas. Además, ¿por qué te has enfadado? Ni que te molestara que me guste alguien.

No sabía lo que estaba diciendo hasta que se quedó callada de golpe, poniéndose mucho más seria de lo normal y eso hizo que pensara en lo que yo mismo había dicho. ¿Sería que le molestaba que me gustase otra chica? No creía que Luna estuviera celosa, ¿o sí?

Sin más y sin decirme nada, se dio la vuelta y se fue, no me dijo ni adiós y eso la delató por completo, claro que le molestaba, pero ¿por qué?

Con mi cabeza hecha un lío y tras recoger todo lo de la cena, me encerré en mi habitación y debajo de la colcha. Solo quería que se hiciera de día para volver a verla, aunque fuese en el instituto, donde casi ni hablábamos porque cada uno estaba con sus compañeros, pero al menos la veía de lejos, nos mirábamos y, con solo eso, ya nos decíamos todo.

CAPÍTULO 3

Luna

Me fui corriendo porque no quería contestar esa simple pregunta que, prácticamente, le respondí con mi huida, aunque aún no sabía ni qué decirme a mí misma. Sabía que Eloy y yo teníamos una relación especial, muy especial, que muchos no entendían, pero de ahí a sentir algo más. Negué quitándome esas idioteces de la cabeza. Y si no era así, ¿por qué me molestaba tanto que le gustara otra chica? Como siempre, me cabreaba que otra ocupase mi lugar, lo peor de todo era que mi lugar no era el que esa chica tendría, yo solo era su prima y eso siempre iba a ser así por mucho que pensara en otra cosa.

Al llegar a mi casa, vi que todos estaban en el salón hablando, en plan sobremesa, pero en el sofá bien sentaditos y con una copa en la mano. Eso era realmente raro, pues entre semana no solían hacer estas cosas; a lo mejor estaban celebrando algo que no me habían dicho o que me había perdido por irme a cenar con mi primo.

—Luna, ven, cielo —me pidió mi tía al verme.

Caminé hasta ellos y me senté al lado de mi madre, que, la verdad, estaba más sonriente de la cuenta.

—¿Cómo estaba tu primo, te ha contado algo? —se interesó preocupada y asentí.

—Está enamorado —musité e, inmediatamente, sonreí para que no se percataran de que me molestaba.

—¡Anda! No lo habría adivinado, como este niño es tan hermético —aseguró mi tío Héctor, emocionado.

Por mucho que yo quisiera fingir alegría por eso, mi padre se percató, siempre se daba cuenta de mis estados de ánimo, aunque yo los escondiera.

Mi madre, que se dio cuenta de que mi padre me iba a preguntar algo, anunció lo que estaban celebrando y que yo, por cenar fuera, me había perdido. Por lo visto se iban de vacaciones, como una luna de miel. En dos meses haría quince años desde que se casaron y mis tíos les regalaron el viaje.

—Qué bien, mamá. Lo vas a pasar genial —respondí algo más calmada.

—¿Solo tu madre lo pasará genial? —intervino mi padre, fingiendo celos.

—Claro que no, papi. —Besé su mejilla, abrazándolo—. Te voy a extrañar.

—Te quedarás con la abuela, cielo. Lo único que, en ese tiempo, tendrás que ir al instituto en autobús —dijo mi madre abriendo los ojos desorbitadamente, burlándose de mi padre, ya que era quien no me dejaba ir así—. Ya sabes, cuidado con los bichos que te encuentres en ese vehículo del demonio que te lleva y te trae.

Todos soltamos una carcajada que provocó a mi padre y que hizo que se levantara para ir a la cocina, supuestamente, a beber agua.

—Muy gracias todos. ¿Qué tiene de malo que quiera llevar a mi hija en coche? No me gusta el autobús escolar.

—Ya, ya nos hemos dado cuenta, hermano.

Seguíamos riéndonos incluso cuando volvió de la cocina y eso le molestó mucho más, pero no dijo nada. Se sentó al lado de mi mamá y la abrazó para después decirle algo al oído. Me

quedé muy concentrada en ellos, por si podía escuchar lo que decían, pero me fue imposible. Sin embargo, con solo ver la negativa de mi madre, sabía que no le había gustado nada lo que le había dicho.

—¿Pasa algo? —intervino mi tía en cuanto vio a mi madre levantarse e ir ahora ella a la cocina.

—Nada que te interese, Robles —respondió tajante mi padre. ¿Qué mosca le había picado ahora?

—¿Sabes qué? Ni siquiera te voy a responder, está mi sobrina delante y no tiene que escuchar lo que pienso. Mejor voy a ver qué le pasa a mi hermana. —Se levantó.

—No es tu hermana.

—Lo es, aunque te joda, cuñadito.

Cuando salió del salón, mi tío Héctor miró mal a mi padre por como trató a mi tía.

—Te has pasado, Hugo. A veces no sé cómo os aguanto y pienso que podríamos mudarnos a otro lado, así no pasaríais tanto tiempo juntos...

—¡No! —grité interrumpiéndolo—. Tío Héctor, eso no lo podéis hacer. ¿Cómo voy a estar sin ver a Eloy? Ya sabes que somos...

—Inseparables —terminó la frase por mí mi padre y he de decir que lo dijo muy molesto—. ¿Qué pasa si se mudan? Verás a tu primo en el instituto. ¿No te vale con eso? Ya estoy harto de que estéis tan pegados.

—Hugo, déjate de gilipolleces con mi hijo o no respondo. —Escuchamos la voz de mi tía al entrar en el salón de nuevo.

¿En qué momento se había jodido tanto la conversación? Estaban entre risas cuando llegué y ahora les falta poco para tirarse al cuello. Estaba claro que tenía que hablar con mi madre para que me dijera lo que le pasaba a mi padre con Eloy, no iba a dejar de verlo solo porque a él le molestase, nunca dejaría de lado a mi primo.

Mi tía y mi padre se asesinaban con la mirada. Ella aún no se había sentado cuando mi tío se levantó para calmarla, la conocía bien y sabía que estaba a punto de mandar a la mierda a mi padre.

—Estoy harta —mencioné, levantándome yo para salir corriendo a mi habitación.

—¡Espera, Luna! —Escuché el grito de mi madre.

Entré en mi habitación y cerré dando un portazo, aunque dos segundos después se abrió y entró mi madre, que me había seguido. Se sentó a mi lado en la cama y me abrazó mientras me secaba las lágrimas que ya derramaba por culpa de mi padre. No entendía lo que estaba pasando. ¿Por qué mi padre había cambiado con Eloy de esa manera? ¿Qué había hecho mi primo para que no quisiera que pasásemos tiempo juntos como antes?

—Tranquila, cielo. Ya sabes lo cascarrabias que es a veces tu padre —lo excusó, como siempre.

—No, mamá. Esta vez se ha pasado y no sé qué le pasa. No quiere que esté con Eloy a solas, no quiere que vaya con él en el autobús escolar y mucho menos que venga con nosotros en el coche. Está claro que tiene algo en su contra —le aseguré, dándole detalles. Obviamente, sabía de lo que estaba hablando, pues asintió dándome la razón, por lo cual ella tenía constancia de lo que sucedía.

—Luna... —Se quedó en silencio—. Tu padre piensa que Eloy está enamorado de ti —soltó tras esa pausa. Yo fruncí el ceño, estaba loco.

Me levanté y me crucé de brazos, nerviosa. Comencé a negar como una posesa, eso no era

real. ¿Cómo iba a estar Eloy enamorado de mí? Y lo peor, ¿por qué sentía esta presión en el pecho al escucharlo?

Si eso fuera verdad, si Eloy estuviese enamorado de mí tal y como afirmaba mi padre, me lo hubiese dicho, ¿no? Estaba segura de la confianza que ambos nos teníamos, aunque esto fuese algo más fuerte.

—No, eso no es verdad —titubeé, nerviosa, tenía que controlarme.

—¿Por qué te pones tan nerviosa? ¿Acaso tú también sientes algo por tu primo? Porque te recuerdo, Luna, que es tu primo.

Me quedé en silencio, era la primera vez que alguien, además de yo misma, me preguntaba eso. Hacía tiempo que pasar tiempo con Eloy se había convertido en lo más importante de mi vida, que estar a su lado era lo que más deseaba y abrazarlo lo que me relajaba. Era cierto que en algunos momentos me provocaba algo en mi interior que no sabía descifrar, pero de ahí a sentir algo por él... Además, con la afirmación de mi madre, me había quedado claro que no le gustaría demasiado que le respondiera con un sí.

—Claro que no, mamá. ¿Cómo se te ocurre pensar eso? Es más, no creo que Eloy sienta eso por mí, mi padre está equivocado —afirmé, controlando mis emociones antes de que se diera cuenta de que por dentro me estaba muriendo de solo pensarlo.

—No sé qué va a pasar a partir de ahora, Luna, pero tu padre quiere que rechacemos el viaje con tal de que no estés con tu primo. A partir de ahora te va a controlar mucho más, no quiere ni que te acerques a él —explicó seria y triste, muy triste.

Volví a sentarme a su lado y la abracé para darle todo mi cariño. Mi padre a veces no era consciente del daño que hacía con sus palabras. No era que fuera mala persona, pero no era capaz de pensar antes de hablar y soltaba lo primero que le pasaba por la cabeza, sin percatarse de que eso podía dañar al de al lado.

Tras unos largos minutos, mi madre se fue de mi habitación y yo me salí al balcón para sentarme y pensar, aunque no había dejado de hacerlo desde que me dijo eso. Seguía sin creer que ese sentimiento fuese real, que Eloy estuviese enamorado de mí. No lo creía y tendría que hablar con mi padre para calmarlo antes de que llegara el viaje, no iba a dejar que esa estupidez estropease el regalo de mi madre, porque, claramente, era para el disfrute de ella. Aún no entendía cómo mi padre y mi tío eran hermanos, no tenían nada que ver, eran muy diferentes y estaba claro que mi tío era más comprensivo que mi padre.

Sobre las dos de la mañana aún seguía despierta, dando vueltas en la cama y pensando, comiéndome la cabeza sin parar. Mi tía y mi padre habían acabado a gritos y se fueron dando un portazo, seguro que Eloy ya estaba al tanto de todo y no le habría gustado nada.

Estuve tentada de bajar al escuchar a mi padre gritarle a mi tía que quería a su hijo lejos de mí, ya que no le gustaba su manera de actuar cuando estaba conmigo, era un adolescente con las hormonas alborotadas y no estaba dispuesto a ver sufrir a su hija. Era de locos, ¿cómo podía decir eso?

De pronto escuché un salto en el balcón y me levanté como un resorte, sabía quién era. Corrí hasta sus brazos y lo abracé con fuerza, haciéndonos daño por apretarlo tanto.

—Tranquila, enana, no llores. —Me separó de él para secarme las lágrimas que no sabía que estaba derramando.

—No sé qué ha pasado, se han vuelto locos —conté entre hipidos.

—Shhh, no levantes la voz o tu padre se dará cuenta de que estoy aquí y ahí sí que no sé qué pasará —me recordó y asentí.

Cogió mi mano y me sacó afuera para poder hablar con más tranquilidad, nos sentamos uno al lado del otro, todo eso lo hicimos sin dejar de mirarnos. Fue entonces cuando me di cuenta de que yo también sentía por él lo que, claramente, él no sentía por mí; iba a ser muy duro darme cuenta de que amaría a alguien, que estaría con otra chica, tal y como me dijo hacía unas horas. ¿Cómo no supe antes que lo que sentía por él era amor? Eran tantas las horas que pasábamos juntos, riéndonos, soñando con el futuro que ambos tendríamos, que no me di cuenta hasta ahora.

—¿Es verdad lo que dice mi padre? —le pregunté, necesitaba oírlo de su boca.

Se quedó callado y desvió la mirada, posando sus ojos donde no tuviera que mirarme y, por mucho que me doliera, eso lo decía todo.

—No —respondió, haciendo que mi corazón se estrujase fuerte.

—Oh —fue lo único que pude decirle—. Lo sabía. —Suspiré—. Tienes que decírselo a mi padre para que se entere.

—No pienso hablar con él, ha dicho cosas muy feas de mí... —Se levantó—. Yo siempre te he respetado, soy tu primo y te trato como tal. Que te quiero no es un secreto, pero no del modo que él afirma y me duele que piense que puedo hacerte daño.

—Ya lo estás haciendo.

Me levanté, me metí en mi habitación y cerré para que no pudiese entrar. No se daba cuenta de que sus palabras me habían herido más de lo que yo misma me esperaba. En tan solo unas horas, se jodió nuestra unión tanto que no sabía si podría volver a estar con él como siempre. Me había percatado de lo que sentía por él y en menos de dos minutos me había roto el corazón sin darse cuenta. Qué estúpida era, tantos celos que sentía de todas las chicas que se juntaban con él y era todo porque estaba enamorada de mi primo.

—Recuérdalo, Luna... Es tu primo, no puedes enamorarte de él —me repetí.

CAPÍTULO 4

Eloy

Me quedé hecho una mierda cuando se fue de mi casa, no entendía muy bien el motivo por el que le molestaba que me gustase alguien y lo más gracioso era que no podía decirle que era ella.

No sabía el tiempo que había pasado desde que me encerré en mi habitación cuando mi madre, sin tocar en la puerta, costumbre que tenía, entró y se sentó en la cama, suspirando. Me erguí y la miré extrañado, parecía cabreada y algo triste; raro en ella, pues siempre estaba con una sonrisa. Cogí su mano para que me mirase y tenía los ojos aguados.

—¿Qué ha pasado, mamá? —me interesé, muy preocupado.

—¿Estás enamorado de tu prima? —me respondió con otra pregunta, y qué pregunta.

Abrí los ojos muy sorprendido, no me esperaba que mi madre sintiese la necesidad de saber eso, nunca me lo había insinuado siquiera. Entonces entendí que había hablado con mi tío, él era quien se había dado cuenta. Ahora no sabía qué responder, a ella no era capaz de mentirle, pero tenía que hacerlo.

—No, claro que no. ¿De dónde te has sacado eso? —Me levanté de la cama, nervioso, demasiado para poder ocultarlo.

—Eloy, hijo, si es así, no tienes que esconderlo, no delante de mí. —Cogió mi mano—. Soy tu madre y sé cuándo mientes. Aun así, voy a creer en tu palabra porque sé que tú no me mentirías —me recordó, alzando una ceja.

Se levantó y, con las mismas, se fue dejándome mucho peor de lo que ya estaba. ¿Cómo y por qué habíamos llegado al momento en el que tuviera que decirle la verdad a mi madre? Para mí era muy importante, pero no podía..., simplemente, no podía ponerme delante de ella y confirmarle algo que no le iba a gustar y todo porque la chica de la que estaba enamorado era mi prima, mi familia.

Me senté en la cama y pensé en la manera de poder hablar con mi madre sin que me mirase como si estuviese loco, el modo de tener su apoyo en este momento, con este sentimiento que más que ser algo bonito me estaba haciendo daño. No por sentirlo, sino por no poder expresarlo.

Sin esperar más, me levanté y abrí la puerta de mi habitación para buscar a mi madre y hablar con ella, pero estaba en mi puerta a punto de entrar. Me sonrió al verme y me abrazó con cariño. Era más bajita que yo y, aun así, me sentía muy pequeño cuando me abrazaba.

—Sabía que me buscarías, te conozco y sé que no puedes mentir, hacerlo te duele más a ti que a la persona que mientes —afirmó, entrando.

—Lo siento, mamá —me disculpé.

—¿Por qué? ¿Acaso has matado a alguien? —Negué y se encogió de hombros.

—Por hacer que sufras, no me gusta.

—Yo no sufro, cariño. Eres lo más hermoso que tengo, no lo olvides, y siempre te voy a apoyar, aunque te equivoques, que lo harás y mucho.

—Pero... es que.

Aún no era capaz de decirlo en voz alta, ¿y si nos escuchaba mi padre? Miré la puerta y ella ya sabía por qué no hablaba.

—Tranquilo, tu padre no está; fue a pelearse con el capullo de tu tío. —La manera en la que

se refirió a él hizo que me diera cuenta de que la noche no había acabado demasiado bien.

Entonces le pregunté y me narró todo lo que mi tío había dicho de mí, por eso se había enterado de que estaba enamorado de Luna, aunque aún no lo hubiese corroborado, era lo que decía mi tío, además de otras muchas cosas que no me hicieron gracia. Era como si yo fuese un depravado que iba a abusar de su pequeña, estaba loco.

Intenté tranquilizar a mi madre, pero era complicado cuando sabía que mi padre estaría peleando con su hermano por mi culpa, por este sentimiento que no debería sentir. Sin darme cuenta, comencé a llorar de rabia y quise irme, quise salir de mi habitación e ir en busca de mi tío para aclararle algunas cosas, pero mi madre no me dejó.

—No tienes por qué sufrir por estar enamorado, Eloy. —La miré fijamente—. No importa si no me lo confirmas, yo lo sé y déjame decirte que amar no es malo, sea de quien sea de quien estés enamorado, aunque sea tu prima... Amar no es nada malo, todo lo contrario, es lo más bonito que podemos sentir las personas.

—Pero no es así cuando te enamoras de tu prima —repliqué—. Este sentimiento pasará, tengo que olvidarlo porque no llegará a más.

Ahí mi madre no pudo decirme nada, sabía que yo tenía razón y que este sentimiento tenía que acabar, nunca íbamos a poder estar juntos. Luna no me quería de la misma manera que yo la quería a ella y, al final, lo que conseguiría sería separarnos y eso sería lo último.

Tras unos minutos, y cuando por fin escuchamos la puerta anunciándonos la llegada de mi padre, se fue de mi habitación para ir a verlo. Me gustaría tener a mi lado a alguien que me amara tanto como mi madre amaba a mi padre, pero aún era joven y me quedaba mucho por vivir.

Estuve una hora dando vueltas en la cama intentando quedarme dormido, pero me era imposible cuando lo único que quería era ir a hablar con Luna. Miré la hora y eran casi las dos de la mañana, me levanté y salí de mi casa para después subir por el árbol que daba a su balcón. En cuando me vio, corrió hasta mí y se encerró entre mis brazos con lágrimas en los ojos, me apretó tan fuerte que estaba seguro de que le dolían los brazos. La separé de mí para secarle las lágrimas, me dolía mucho verla llorar. Siendo tan jóvenes y pasando por esto tan pronto. Nuestros padres peleando solo porque yo me había enamorado de ella.

Cogí su mano para sacarla al balcón y que así su padre no nos escuchara y se enfadara por verme con ella, sería ya lo que faltaba para terminar de liarlo todo. Me contó lo que había pasado, cómo se habían vuelto locos en unos segundos.

Entonces me hizo la pregunta que yo tanto evitaba y que no sabía cómo responder.

—¿Es verdad lo que dice mi padre?

Me quedé callado y desvié la mirada, posando los ojos donde no tuviera que mirarla y, por mucho que yo quisiera no responder, mi actitud ya lo hacía por mí.

Sin embargo, mi respuesta fue un no rotundo, un no que me dolía más a mí que a ella.

—Oh —fue lo único que pudo decirme—. Lo sabía. —Suspiró—. Tienes que decírselo a mi padre para que se entere.

—No pienso hablar con él, ha dicho cosas muy feas de mí... —Me levanté—. Yo siempre te he respetado, soy tu primo y te trato como tal. Que te quiero no es un secreto, pero no del modo que él afirma y me duele que piense que puedo hacerte daño.

—Ya lo estás haciendo.

Se levantó tras darme esa respuesta y entró en su habitación para después cerrar y así prohibir que fuese tras ella. Solo con una mirada me lo dijo todo, no sabía qué hacer para que nuestra relación de primos no se viera dañada por mi culpa. Intenté hacer que me abriese para

poder hablar, pero, al no conseguir nada, me di la vuelta y volví a mi casa con un fuerte dolor de cabeza.

Cerré la puerta de mi casa despacio para no alertar a mis padres, pero fue en vano, mi padre estaba en el umbral del salón, esperándome, y sabía que tendríamos una charla muy larga que no me iba a gustar.

Me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera hasta su despacho y así lo hice. No me había percatado de que mi madre estaba en las escaleras, puso su mano en mi hombro y negó para que no me preocupara, pero era inevitable.

—Cierra —me pidió mi padre—. Siéntate.

Todo me lo decía tan serio que no pude evitar asustarme, era como si mi padre también estuviera cabreado conmigo por algo que yo no podía controlar.

—Papá, yo...

—No digas nada, Eloy —me interrumpió—. Vengo de pelarme con tu tío por...

—Por mí, ya lo sé. Es mi culpa, si yo no sintiera esto...

—¿Por tí? ¿Piensas que tienes la culpa? —Asentí—. No, hijo, no tienes la culpa. Es tu tío, que me tiene hasta los cojones.

Escuchar a mi padre hablar así era preocupante, nunca decía una palabra más alta que la otra. Era tan correcto que a veces yo me enfadaba porque soportaba muchas cosas que no debería.

—Fui a defenderte, no me da la gana que hable de ti como lo ha hecho esta noche. —Se sentó a mi lado—. No te voy a decir que saber que estás enamorado de tu prima me guste, pero sé que es algo que no podemos controlar.

—Lo siento —volví a disculparme por esto—. Ya le he dicho a mamá que me voy a olvidar de ella.

—¿Desde cuándo? —Fruncí el ceño sin entender la pregunta—. ¿Cuándo te diste cuenta de que te habías enamorado?

Pensé en la primera vez que sentí el cosquilleo y recordé que cuando ella cumplió trece años la defendí de un abusón en el colegio y me dio un beso tan fuerte en la comisura de los labios por un movimiento que hice sin querer, casi nos besamos en la boca. Fue entonces cuando me di cuenta de que la quería con toda mi alma. Se lo conté a mi padre y sonrió. Luego, cada roce, cada encuentro, cada mirada hacían más fuerte lo que sentía y me daba cuenta de que me iba a costar horrores olvidarme de ella.

—Tu madre y yo habíamos pensado que te vendría bien cambiar de instituto, aunque luego nos dimos cuenta de que, si vivimos tan cerca, no serviría de nada. —Suspiró—. Así que lo mejor es cambiar de casa, nos mudaremos al apartamento del centro, pero antes queríamos saber tu opinión.

Para nada me esperaba esa decisión, me habría imaginado de todo menos eso y no, no quería irme, no al menos antes de intentar arreglar las cosas. Luna me había pedido hablar con su padre y ahora no me era tan mala la idea, hacerlo creer de algún modo que yo no sentía nada por mi prima, seguramente, así todo esto se calmaría y mi madre no tendría que separarse de mi tía Fernanda.

—No, papá. Yo no tengo por qué irme solo porque mi tío no quiere que me acerque a mi prima. Vale que siento por ella algo demasiado fuerte, pero lo es más estar juntos y que vosotros seáis felices, sobre todo mamá, que sin mi tía...

—No pienses, ni por asomo, que no vamos a ser felices por tu culpa. —Escuchamos la voz de mi madre, que entraba en el despacho—. El irnos no es solo por tí, también lo hacemos por nosotros. La relación que tengo con tu tío nunca va a mejorar, no nos llevamos bien y, aunque

siempre intentamos no pelearnos, se nos hace muy jodido y hacemos daño a nuestra familia —expresó, sentándose a mi lado—. Aun así..., si tú no estás de acuerdo, no nos iremos y que se joda tu tío.

—Judith —la regañó mi padre.

—Lo siento, Héctor, pero esto ha pasado de castaño a oscuro. ¿Qué problema hay con que nuestro hijo se haya enamorado de su prima? Estamos en el siglo veintiuno, por el amor de Dios.

Comenzaron a discutir entre ellos y gracias a esa distracción, me levanté para escapar. Salí del despacho y de mi casa, era hora de hablar con mi tío y calmar las aguas. Llegué en menos de dos minutos y, antes de llamar a la puerta, suspiré tres veces y di unos toques silenciosos, ya era demasiado tarde, pero yo sabía que aún estaba despierto; había luz en el salón. Fue mi tía quien me abrió.

—Eloy, cariño, ¿qué haces aquí tan tarde?

—Vengo a hablar con mi tío. ¿Está despierto?

—Aquí estoy —respondió, saliendo de la cocina.

Nos quedamos mirando unos largos segundos, hasta que me hizo una señal muy parecida a la de mi padre para indicarme que le siguiera a su despacho. Los hermanos Castillo no eran tan diferentes después de todo.

CAPÍTULO 5

Luna

Vi cómo se iba y me di cuenta de que a partir de esta noche todo iba a cambiar. Por un momento estuve a punto de abrir para dejar que entrara y poder hablar, sincerarme, pero no serviría de nada si él no sentía lo mismo por mí. Al fin y al cabo, éramos primos y entre nosotros nunca habría nada.

Me tumbé en la cama, me puse los auriculares, que había conectado con anterioridad al móvil, y me puse a escuchar música, mi grupo favorito: Morat. La canción que más escuchaba era *La perfecta*.

Estuve más de media hora desconectada de todo, evadiéndome de todo a mi alrededor, metida en la música; no me sirvió de nada, solo para seguir pensando en Eloy enamorado... Me imaginé a Eloy con otra chica, besándola y abrazándola, y me levanté tras quitarme de un tirón los auriculares y tirar el móvil a la cama de mala manera. Salí para ir a la cocina a tomar un poco de agua justo en el momento en el que tocaban a la puerta. Quería bajar para saber quién era, pero fue escuchar su voz y pedir hablar con mi padre y me puse nerviosa.

Unos minutos después mi madre subía las escaleras y me vio a punto de bajar. Cogió mi brazo y me llevó hasta mi habitación.

—¿A dónde ibas? —me preguntó.

—A beber agua, ¿hay algún problema en eso? Tengo sed. —Y no era mentira, tenía mucha sed.

—Ya, justo cuando ha llegado tu primo, muy propio. —Alzó una ceja.

—No sé qué es lo que te estás imaginando, pero te equivocas, mamá. Yo ya tenía ganas de beber agua antes de que mi primo pegase en la puerta. Que, por cierto, ¿sabes para qué ha venido?

No estaba segura de si me había hecho caso en lo que le pedí, a lo mejor venía a dejarle claro a mi padre que no estaba enamorado de mí.

Mi madre me miró y, encogiéndose de hombros, negó. Estaba claro que no sabríamos nada hasta que mi padre saliera de su despacho, solo esperaba que no se empeorasen las cosas.

—Tus tíos quieren mudarse —dijo de pronto.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño—. Eso no puede pasar, mamá. No creo que tengan que irse solo porque mi padre y mi tía no se lleven bien, siempre ha sido así, ¿no? —Asintió.

—Siempre se han peleado, eso no es nuevo..., pero el problema es que tu padre no te quiere cerca de Eloy, le ha tomado manía. Se ve que todo lo que tenga que ver contigo lo vuelve así de paranoico.

Me levanté de la cama como un resorte, estaba cabreada, muy cabreada, y no podía dejar que mi familia estuviese a punto de destruirse solo porque a mi padre se le hubiera metido en la cabeza esa estupidez de que mi primo estaba enamorado de mí, que, por otro lado, no me importaría. ¿Qué decía? Claro que sí tenía que importarme.

—¿Y qué pasaría si fuese al revés? —pregunté sin pensarlo dos veces.

Mi madre, sorprendida, se levantó para ponerse a mi altura y arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué pasaría si fuera yo la que estuviera enamorada de Eloy? ¿Nos iríamos nosotros a otra

casa? ¿Me metería mi padre en el sótano para que no viese nunca más a Eloy? —Mi voz sonó dura, más de lo que quería, pero ya daba igual.

—No estás hablando en serio, Luna. Es tu primo. ¿Cómo puedes siquiera pensarlo?

La conversación se estaba poniendo demasiado intensa y, o echaba el freno, o me iría muy mal. No me quedaba otra que decirle que solo era un ejemplo para que no se volviera loca, así como estaba a punto de ponerse. No sabía yo que mi madre fuese tan cerrada de mente, pensaba que era más moderna tras intentar ponerme de padre a un gay. Estaba claro que no conocía demasiado bien a mi familia, me faltaba mucho por aprender.

—Tranquila, mamá. Solo te lo he dicho para ver tu reacción y créeme que me has sorprendido.

No la dejé responderme y salí de mi habitación, ahora necesitaba más ese vaso de agua, o la botella entera. Una pena que mis padres tuvieran el alcohol bajo llave, de no ser así cogería una de esas botellas y me la bebería en cinco minutos.

Bajé las escaleras despacio, no quería que me escucharan y así, encima, ganarme una mala mirada de mi padre. Pero ni para eso tenía suerte esta noche, pues justo cuando puse el pie en el último escalón, salían los dos del despacho. Eloy y yo nos miramos unos segundos, unos largos segundos que se me hicieron eternos; lo que más deseaba era cogerlo de la mano y llevarlo hasta mi habitación para hacer las paces con él, no me gustaba estar de este modo.

Cuando nos dimos cuenta de que mi padre estaba a nuestro lado, desviamos la mirada hacia otro lado.

—¿Te pasa algo, princesa? No has saludado a tu primo. —Fruncí el ceño—. Anda, id arriba para hablar, creo que tenéis una conversación pendiente.

—¿En serio? ¿No estás enfadado? ¿Y eso de que no querías que mi primo estuviera cerca de mí? —pregunté atropelladamente y él sonrió bajando la cabeza.

Mi padre negó, encogiéndose de hombros, y tras darme un beso en la cabeza le dio un empujón cariñoso a Eloy para que subiera conmigo. Abracé a mi padre y le di las gracias al oído para después besar su mejilla.

Me di la vuelta y, con mi primo pisándome los talones, subí las escaleras. Cuando llegamos a mi habitación, lo dejé entrar y se fue directo al balcón para sentarse y esperarme. Yo, como ya sabía que hacía fresco, cogí la colcha y salí para sentarme a su lado y taparnos las piernas, era nuestro momento, solo nuestro y, aunque me dolía sentir lo que sentía y no poder mostrárselo, declarárselo, me conformaba con tenerlo estos ratitos.

Estábamos en silencio, era de esas veces que no sabíamos cómo comenzar a hablar, qué decir. Sin embargo, me moría por preguntarle lo que había pasado entre mi padre y él. Entonces nos miramos y decidí que era hora de indagar.

—Yo... —dijimos al unísono y nos reímos.

—Tú primero —dije, mirando hacia otro lado.

Por un instante me sentí tan pequeña, me dio vergüenza y jamás en mi vida me había sentido así con Eloy, teníamos demasiada confianza.

—Quiero pedirte perdón por lo que ha pasado antes, no quería... —Puse un dedo en sus labios y negué.

—Está olvidado, ya con el simple hecho de que hayas venido para hablar con mi padre me demuestras lo que me quieres y eso me basta.

Nos estábamos acercando poco a poco, como si no pudiéramos vernos con claridad porque estaba muy oscuro para ello, y sentí como mi cuerpo temblaba y no era por el frío, eran los

nervios que sentía cuando estaba tan cerca de él.

—Yo te adoro, Luna, eso no lo dudes nunca. —Suspiró—. Siento que esto se me va de las manos y... lo siento.

Estábamos muy cerca, demasiado, casi respirábamos el mismo aire, y yo giré la cabeza para no confundir las cosas de nuevo. Era mejor dejarlo así y seguir como hasta ahora, siendo los primos inseparables que no pensaban cosas raras solo porque mi padre se confundió un día que le dio demasiado el sol en la cabeza; tenía que ser sarcástica para sacarme de la mente lo que en realidad quería hacer.

—No pasa nada, de peores movidas hemos salido —le recordé, dándole un codazo en el brazo, y sonrió asintiendo.

Cuando éramos pequeños, hacíamos tantas trastadas que nuestros padres, prácticamente, nos vigilaban hasta cuando dormíamos; algún que otro castigo nos caía de vez en cuando, castigo que era no poder vernos, nuestros padres sabían dar donde más nos dolía.

Suspirando y con sus brazos rodeando mi cuerpo, reposé mi cabeza en su pecho y me tranquilicé como siempre. Él conseguía que todos mis temores, mis bajones y desmotivaciones se esfumaran. Él conseguía que dejase de tener frío. Eloy conseguía demasiadas cosas, hasta soñando me veía buscando la tranquilidad que me regalaban estos momentos, buscaba su piel para sentirla cerca de la mía. Si mis padres supieran todo lo que mi primo me hacía sentir, no estarían ahora tan tranquilos en el salón. Yo, con tan solo quince años, estaba loca e irremediabilmente enamorada de mi primo Eloy y tenía la certeza de que iba a sufrir mucho si no me quitaba de la cabeza este pensamiento, si no me arrancaba del corazón este sentimiento.

Como siempre, me quedé dormida y me desperté por la mañana en mi cama. Miré hacia mi lado y tenía una hoja con algo escrito. La cogí nerviosa perdida y comencé a leerla.

Querida Luna, enana, mejor dicho:

Siento no haberte despertado, pero hemos amanecido en el balcón y debía irme antes de que mis padres se diesen cuenta de que me quedé contigo toda la noche.

Nos vemos más tarde en el instituto y, a la salida, ambos nos vamos a ir a almorzar juntos; tranquila, le pediré permiso a tu padre.

Te quiere,

tu Eloy

—Mi Eloy.

Era la primera vez que me escribía de esta manera tan bonita y sentía que se me iba a salir el corazón por la boca. Cogí la hoja y, tras besarla, me tumbé riéndome como una loca. ¿Qué era lo que estaba sintiendo? ¿El amor era así de loco? No conocía realmente el amor, nunca lo había sentido por nadie, pero sí sabía lo que era creer gustarle a alguien y algo me decía que mi primo me había engañado en nuestra conversación. ¿Sería que él sentía por mí lo mismo que yo por él? Me moriría si eso fuera cierto.

Tras quitarme la tontería de encima, me levanté tan feliz que comencé a cantar sin vergüenza. Puse música en el móvil y me moví al ritmo de Cali y el Dandee y Danna Paola.

Pero yo aprendí a olvidarte

porque aprendí que el amor nunca se comparte.

Y fuiste tú el que lo buscaste en otra parte.

Tú vas a extrañarme, tú vas a extrañarme.

Y ahora lloras.

Y fue tu culpa, tú me dejaste sola.

—¡Vaya! Mi niña se ha levantado de buen humor. —Escuché tras acabar la canción.

Me di la vuelta y mi madre me miraba con una sonrisa ladeada. Caminé hasta ella y le di un beso en la mejilla.

—¿No hace un día perfecto? —dije en alto.

Abrí las cortinas y la ventana para que el aire entrara en mi habitación. Mi madre asintió y, tras darme un beso en la frente, salió para que terminase de asearme.

Cogí mis cosas y salí con una sonrisa, la misma con la que había amanecido, no era capaz de ocultar mi felicidad. Bajé las escaleras y busqué a mi padre con la mirada, mas no lo encontré. Fui hasta la cocina, donde vi a mi abuela tomándose un té.

—Abu, ¿dónde está papá?

—Se ha ido a trabajar —respondió con tranquilidad.

—¿Cómo? ¿Y ahora cómo me voy al instituto?

—Te vienes conmigo en el bus. —Escuché la voz de Eloy tras de mí.

Me di la vuelta y mi sonrisa se hizo mucho más enorme. Pensé que nos veríamos más tarde, pero no fue así.

Me tiré a sus brazos y me dio un beso en la mejilla. Después me acerqué a mi abuela y me despedí de ella.

No me podía creer que mi padre me dejara ir en el bus escolar al instituto, estaba claro que la conversación con Eloy le hizo bastante bien, aunque no estaba muy segura de lo que le había dicho mi primo para hacerlo cambiar tan radicalmente. Aun así, no me importaba demasiado, porque fuera lo que fuese lo que le dijo, nos beneficiaba a ambos.

CAPÍTULO 6

Eloy

No supe en qué momento me decidí a hablar con mi tío y mucho menos tenía la certeza de lo que le iba a decir, pero estaba claro que era yo quien tenía que arreglar el problema. No lo hacía por mí y mucho menos por Luna, lo hacía por mis padres, ellos no tenían que pagar los platos rotos por mi error. Sin embargo, cada vez que estaba cerca de mi prima, no sentía que fuese un error lo que estaba sintiendo por ella. Entonces, ¿por qué parecía que todo se iría a la mierda en cualquier momento? Tenía que convencer a mi tío Hugo de que no estaba enamorado de Luna, aunque tuviese que mentirle, una mentira que podría costarme caro.

Cuando entré en casa de Luna y pedí hablar con mi tío, nunca me imaginé, para nada, que él estuviese dispuesto a escucharme. Dado cómo había acabado la noche con la bronca de mis padres, no estaba muy seguro, pero nada más lejos de la realidad, me invitó a entrar en su despacho y ya no hubo marcha atrás, tenía que pensar rápido antes de que...

—¿A qué has venido? —preguntó a bocajarro—. Porque no creo que sea para quedarte callado, ¿no? —Negué tragando saliva.

No sabía que le tuviese tanto miedo a un hombre que no siempre había sido muy cariñoso conmigo, prácticamente, no teníamos demasiada unión, solo las veces que había venido con mi padre.

—Yo... —Suspiré—. Quería aclararte algunas cosas.

—¿Sabes? —Caminó hasta su silla y se sentó—. No suelo escuchar excusas cuando veo con mis propios ojos los hechos, pero por ser tú haré una excepción. Bueno, por eso y porque, si no te dejo hablar, tu padre vendrá a tocarme los huevos y creo que, por hoy, hemos tenido suficiente.

Me senté yo también, las piernas me temblaban y ya no me parecía tan buena idea lo de venir a hablar con este hombre que más que familia parecía todo un desconocido.

—Tío, yo quiero aclararte que no estoy enamorado de mi prima, no sé de dónde te has podido sacar eso, pero no es así. —Soltó un ja bastante alto, como para no escucharlo.

—¿Por qué habría de creerte? He visto cómo la miras..., he oído cómo suspiras cuando la tienes cerca. No es que sea un estúpido, también he tenido tu edad —aclaró, mas yo no estaba de acuerdo en nada de lo que había dicho.

—No sé qué tiene que ver una cosa con la otra. —Me levanté, quería coger las riendas de esta conversación antes de que él consiguiera amedrentarme—. No voy a negar jamás que adoro a mi prima, que ella lo es todo para mí, pero de ahí a estar enamorado de ella. —Negué—. La miro con cariño, somos familia.

—Lo siento, pero nada de lo que me dices me convence y ya es tarde, debes marcharte a casa antes de que tu padre venga a buscarme de nuevo. —Se levantó ahora él para coger mi brazo e intentar sacarme, prácticamente, a patadas.

Sin embargo, me crucé de brazos y lo miré con altanería, quedándome estático en el sitio y utilizando la suficiente fuerza como para no dejar que me moviera. Él era fuerte, pero yo también. Mi tío y yo teníamos la misma estatura, ambos estábamos fuertes y yo ya no era aquel niño al que podía decirle las cosas horribles que me decía y que, gracias a Dios, ya olvidé.

Nuestra relación nunca había sido buena, por algún motivo que desconozco, mi tío no sentía

por mí ese cariño de tío-sobrino. Tenía algunas visiones de lo que me decía cuando yo era pequeño, cuando venía a jugar con Luna y mis padres estaban trabajando. Siempre me trató como si no fuese de la familia, como si él en realidad no fuese mi tío. Yo sabía que no tenía que ser cariñoso conmigo cuando tampoco lo era ni con mi abuela, su madre, pero decirme que yo no era un Castillo... Nunca se lo había dicho a mis padres, no le vi la importancia.

—Estoy enamorado de Eva, la mejor amiga de Luna. Si era eso lo que querías escuchar, ya lo sabes. Mi prima no sabe nada, en realidad eres el primero en enterarte. Por eso te digo que yo no estoy enamorado de mi prima. Es mi prima —sentencié con la voz cargada de dureza, imitando su modo de hablarme a mí.

—¿En serio? —Fruunció el ceño—. Nunca me lo habría imaginado.

—No tienes por qué imaginar nada de mí o mi vida, no eres mi padre —repliqué.

Ya estaba harto de que me tratase como si fuese una mierda, como trataba a todo el mundo. Para nada iba a dejar que lo hiciera conmigo, al igual que tampoco podía hacerlo con mi madre. A lo mejor ese era el motivo por el que no me tragaba: al no aguantar a mi madre, yo estaba metido en ese saco.

—Está bien, lo siento. A veces soy un poco energúmeno y no controlo —se disculpó, lo que me asombró sobremanera—. Sé que no siempre he sido bueno contigo, Eloy, pero eso no quiere decir que no te quiera como mi sobrino, ¿vale? Lo que pasa es que cuando Luna está de por medio, me vuelvo un poco gilipollas y pierdo los papeles, me ha pasado siempre y es algo que, con el tiempo, tendré que mejorar si no quiero perder a mi familia.

Eso último que dijo me dejó un poco pensativo. ¿A qué se referirá con perder a su familia? Era cierto que no controlaba sus emociones, pero no creía que mi tía Fernanda lo dejase por eso, ¿o sí? Bueno, fuera lo que fuese, no era mi problema y con convencerlo, de momento, de que yo estaba enamorado de Eva, me era más que suficiente. Solo esperaba que esto no llegase a oídos de la pelirroja si no, iba a tener serios problemas y no me gustaría tener que aclarar más cosas en un tiempo.

Cuando terminamos de hablar, salimos del despacho. Justo cuando pretendía marcharme, Luna bajaba las escaleras. Al principio me costó no mirarla, pero tuve que hacer de tripas corazón y evitarla. Hasta que, sin esperarlo, mi tío dijo que subiera a su habitación porque teníamos una conversación pendiente. Lo que sentí en ese momento, justo en el momento en el que mi tío me daba su voto de confianza como para subir a la habitación de mi prima, donde estaríamos a solas, no fue más que culpa..., aunque también alivio, todo había que decirlo.

Estuve toda la noche con Luna, me preguntó de qué había hablado con su padre, no quise decirle nada, no me atrevía, y por un momento pensé que todo se quedaría ahí, que volveríamos a ser los primos inseparables de siempre. Nada más lejos de la realidad, casi nos besamos y mi corazón se me iba a salir del pecho en cuanto me di cuenta. Fue ella misma la que desvió la cabeza, íbamos a perder ambos si este sentimiento se hacía visible para el resto, aunque aún no tenía claro que ella sintiera por mí lo mismo que yo por ella. No lo creía.

Tras una larga noche y, teniéndola entre mis brazos, me di cuenta de que se había quedado dormida. Besé su frente con todo mi cariño y la cogí en brazos para llevarla hasta su cama. Una vez arropada, me senté a orillas de la cama y, con una dolorosa caricia, retiré un mechón de su pelo que tapaba esa preciosa boca que me moría por probar. Sin pensarlo, acerqué mi cara a la suya y rocé mis labios con los suyos en un intento estúpido de besarla. Solo llegué hasta ahí, no podía acercarme más de lo permitido. Me levanté ofuscado con la intención de marcharme, no sin antes dejarle una nota. La miré desde la puerta del balcón antes de salir.

Una vez en mi cama, sonreí como un bobo al recordar que casi la besé, que tenía más tiempo para disfrutar de su compañía. Sin percatarme, mi madre entró en mi habitación.

—Hola, cariño. ¿Qué tal ha ido la conversación con tu tío? —Fruncí el ceño justo a tiempo que me daba cuenta de que mi tía Fernanda la habría llamado para contarle.

—Bien, podría haber ido peor. Al menos ya me deja estar cerca de Luna.

—Me alegro, a veces Hugo es...

—Lo sé, mamá —la interrumpí—. Por cierto, mamá, nunca te lo había contado y espero que no sea un motivo más para odiar a mi tío, además fue hace mucho.

—¿Qué?

—Es que, hablando con mi tío, recordé que cuando yo era niño, siempre dejaba caer que yo no era un Castillo. Sé que...

—¿Cómo? —Se cabreó, de haberlo sabido, no le habría dicho nada—. ¿Cómo cojones se le ocurre decirte eso y más siendo un niño? Este tío es un hijo de la gran puta. Y lo siento por tu abuela, que no tiene la culpa.

—Mamá, mamá, tranquila. Nunca te lo había dicho porque no fue algo que me preocupase, es solo que hoy me acordé. Yo sé que sí soy un Castillo.

Mi madre, sin responderme, me estrechó entre sus brazos y se puso a llorar. No sabía, de verdad, que este tema le iba a hacer tanto daño. La miré a los ojos, aunque ella evitó a toda costa cruzar una mirada con la mía; parecía avergonzada.

—Mamá, ¿qué pasa? No quiero que te sientas mal, nunca he dudado de mis raíces, no es algo que me afecte. Sé lo que me adoráis, somos una familia feliz y con eso me es más que suficiente.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con un hilo de voz.

—Pues claro que sí, yo soy feliz.

Me dio un beso en la mejilla y me mandó a dormir porque ya era tarde. Aunque se la veía más relajada, el tema la había afectado y, por mucho que yo quisiera dejarlo pasar, no podía evitar sentir que, si se ponía así, era porque algo de verdad tendrían las palabras de mi tío Hugo. Negué, acostándome de nuevo. Me iba a costar mucho quedarme dormido y más sabiendo que ahora podría estar con ella de nuevo sin problemas. Solo llevábamos unos días sin estar tranquilos como siempre, pero me parecía que habían pasado semanas.

Sin darme cuenta, me quedé dormido, pensando en ella como cada noche. ¿Sería que al final no podría olvidarme de ella? Era complicado responderme a esa pregunta cuando era la primera vez que me enamoraba de verdad, cuando me daba cuenta de que lo que sentía era más fuerte de lo que un día pensé que sentía por aquella chica de la que no recordaba ni su nombre; me hizo daño, era un crío.

Solo mi prima fue capaz de hacerme olvidar todo lo que me hacía daño. Solo Luna era capaz de alumbrar mis noches, con esa luz que desprendía cada vez que me sonreía. ¿Alguna vez podría decirle esto que sentía? ¿Algún día podría confesar todo lo que me hacía sentir estar a su lado? Cómo querría que pasara el tiempo, que ambos fuésemos mayores de edad y largarnos lejos, tal y como había dicho en alguna que otra ocasión. Nuestra idea era irnos a vivir juntos, compartir apartamento en el centro. Si eso llegaba a pasar, no sabía hasta qué punto iba a soportar vivir con ella sin decirle lo que la quería.

CAPÍTULO 7

Luna

Era la primera vez, desde que tenía uso de razón, que me subía al bus escolar. Mi padre jamás me dejó, siempre alegando que prefería llevarme él y la realidad era otra; no le gustaba que me fuera con Eloy y sus amigos.

Cuando subí y me vio mi amiga Eva, por poco se cayó del salto que dio. Corrió hasta mí y me abrazó, siendo así el centro de todas las miradas el primer día.

—Para, estamos dando un espectáculo —le pedí con una sonrisa.

—Es que no me creo que tu padre te haya dejado venir con nosotros en bus. ¡Es de locos! —gritó, lo que provocó que soltásemos una carcajada.

El conductor nos pidió con seriedad que nos sentásemos, me iba a ir con Eva cuando mi primo agarró mi mano y tiró de mí para que me sentase a su lado, no iba a dejar que me fuera lejos de él y lo agradecí, no quería hacerlo. Eva, algo enfurruñada, se fue a su sitio y a su lado se sentó Mikel, el mejor amigo de Eloy. Obviamente, al no sentarse mi primo con él, intercambiaron los sitios y así nosotros pudimos ir juntos.

Durante el camino, estuve en silencio, solo disfrutando de algo que para otros podría ser una estúpida monotonía, pero para mí era algo nuevo y me gustaba, quería repetir. Solo deseaba que, a partir de este día, mi padre me dejase siempre ir al instituto en el bus escolar.

—Estás muy callada —murmuró Eloy en mi oído.

—Lo siento, solo miraba el paisaje —respondí sin apartar la mirada de la ventana.

—Pero si es el mismo paisaje que ves a diario —recalcó.

—Sí, pero desde aquí se ve más bonito. —Se rio y besó mi mejilla.

El día fue tal y como había pensado, al salir de clases, Eloy y yo nos fuimos a comer, aunque no solos, pues Eva y Mikel fueron con nosotros, no podíamos decirles a nuestros amigos que queríamos estar a solas, pensarían lo que no era, o eso creía yo. Sería una estupidez que pensasen cosas raras.

El tiempo siguió su curso y llegó el cumpleaños de Eloy, ya cumplía dieciocho años y yo, en menos de un mes, cumplía dieciséis. Estaba a dos años de alcanzar la mayoría de edad y loca porque llegase ese momento, solo así podría hacer algunas cosas que ahora, con esta edad, no podía o no me atrevía. ¿Sería que con dieciocho podría decirle a Eloy lo que sentía por él? Posiblemente llegaría demasiado tarde para ello.

Estaba en mi habitación cuando mi madre entró junto con mi tía Judith. Las miré a ambas y me sonrieron, yo sabía a qué venían, siempre era la misma táctica al llegar el cumple de mi primo.

—Hola, cielo. —Mi tía me dio un beso en la frente—. ¿Cómo estás? ¿Ya tienes pensado algo para el cumple? Ya sabes que debe ser sorpresa.

—Bueno, teniendo en cuenta que Eloy cumple dieciocho, había pensado que esta fiesta fuese diferente. —Alcé las cejas y ellas fruncieron el ceño.

—¿Cómo? —preguntó mi madre.

Me quedé unos segundos pensativa, tenía que decirles algo que sabía a ciencia cierta que no les gustaría, pero teníamos que pensar en él.

—¿Podemos hacer una fiesta con nuestros amigos? —solté la pregunta con rapidez para no

dejarles tiempo a una interrupción.

—Oh, no, de eso nada. ¿Cómo voy a pasar el cumple de tu primo sin tu primo? Sería una gilipollez —replicó mi tía, poniendo los brazos en jarras.

Tenía razón, el cumple de Eloy siempre era un día importante para mis tíos, adoraban a su hijo y hacían lo posible para que él estuviese bien y ese día fuese especial e inolvidable. Después de un rato hablando de lo que haríamos, pensamos que sería bueno hacer una fiesta con la familia y, por la noche, teniendo por delante que pedir permiso a mi padre, hacer esa fiesta que les había dicho a ambas. Para ello hablaría con Mikel y lo arreglaría todo con él.

Una vez que se quedaron convencidas de lo que haríamos, se fueron para comprar todo lo necesario, la fiesta se haría el sábado, aún faltaba dos días y era el tiempo que teníamos para organizarlo todo. Cogí mi móvil y abrí un grupo de WhatsApp con Mikel y Eva.

CUMPLE DE ELOY

Luna:

Hola, chicos.

Mikel:

Un grupo no, por favor.

Eva:

Calla, tarugo.

No ves que es para preparar el cumple de tu mejor amigo.

Luna:

Callaos.

Y sí, efectivamente, es para el cumple de Eloy.

Gracias, Evita.

Eva:

De nada, amiga.

Mikel:

A ver, di lo que sea ya.

Eva:

Eso, díselo, que tiene cosas importantes que hacer.

Me reí al ver el pique que tenían estos dos, siempre estaban igual y no se daban cuenta de que en realidad eran así el uno con el otro porque se gustaban. Comencé a decirles lo que tenía planeado e, inmediatamente, Mikel se ofreció a buscar el sitio para la fiesta y nosotras nos haríamos cargo del picoteo. El alcohol, tenían que comprarlo los mayores, nosotras teníamos un letrero luminoso que decía menores de edad en la frente y siempre nos pedían el DNI, por mucho que nos maquilláramos como una puerta para parecer mayores.

Justo en el momento que dejaba el móvil en la mesilla de noche, entró mi padre. Me dio un beso en la mejilla y se sentó a mi lado en la cama.

—He oído que quieres hacer una fiesta con amigos —manifestó, pegándome un pequeño empujón con su hombro.

—Bueno, yo...

—No pasa nada, te entiendo. Además, sabiendo que tu primo está enamorado de tu amiga

Eva, me quedo más tranquilo...

Me levanté como un resorte al escuchar eso. ¿De Eva? No, claro que no, eso no era verdad. De ser así me habría dado cuenta y mi primo jamás había mirado a Eva de manera diferente.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quién te lo ha dicho? —lo atropellé a preguntas.

—Eloy mismo fue quien me lo dijo. ¿Pasa algo? Parece que te molesta. —Se cruzó de brazos.

—No, claro que no me molesta, es solo que no lo sabía y me asombra que lo sepas antes tú que yo. Eloy no me había contado nada —mentí, claro que me molestaba.

—Bueno, supongo que hay ciertas cosas que los primos no se cuentan, ¿no? Ahora que ya lo sabes, podrías ayudarlos a que estén juntos —me propuso y yo tuve que fingir que lo haría, que me alegraba.

Me senté de nuevo, me estaba mareando.

—¿Estás bien? —se preocupó y asentí.

No podía decirle que me molestaba el saber que Eloy, mi Eloy, estaba enamorado de mi amiga Eva; aunque para ella sería la mejor de las noticias, para mí había sido lo peor que podía escuchar.

Mi padre, tras comprobar que estaba bien, me dejó sola. Me quedé pensativa, casi inmóvil, no podía moverme. ¿Qué podría hacer ahora? ¿Le diría a Eva? ¿Tenía que hablar con Eloy antes de hacer cualquier cosa? ¿Y si me lo confirmaba? Demasiadas preguntas sin respuesta. Me levanté y salí de mi habitación para ir a casa de Eva, no vivía demasiado lejos, así que fui caminando. Esto no podía decirlo por mensaje, era mejor cara a cara.

Unos minutos después, llegué y me encontré a Eva saliendo de su casa, al parecer ella también venía a mi casa.

—Qué casualidad. —Se rio.

—¿Por qué no me has avisado que venías? Me habría ahorrado el viaje —dije algo malhumorada, no podía esconder mis sentimientos.

—¿Te pasa algo?

Entramos en su casa y nos fuimos a su habitación, donde nos encerramos, literalmente, puesto que cerró con pestillo para que nadie entrara. Ella no dejaba que sus padres entrasen como perro por su casa, tenía una intimidad. Vaya, lo mismo que pasaba en mi habitación, nótese la ironía.

Nos sentamos en su cama, Eva no dejaba de mirarme y yo no sabía qué decir. Tenía la necesidad de desahogarme con alguien, pero no estaba segura de que ella fuese la persona indicada para ello.

—¿Me vas a decir de una vez qué te pasa? —Tocó mi mano.

—Eloy está enamorado de ti —solté a bocajarro, lo que provocó que se levantara como un resorte.

—No es verdad, no es posible —titubeó—. ¿Lo dices en serio?

—Eso dice mi padre, al parecer, el mismo Eloy se lo confesó.

Noté como mis mejillas se mojaban por las lágrimas en cuanto comprobé lo feliz que la hacía saber esa noticia. Siempre supe que mi amiga estaba enamorada de mi primo, pero nunca pensé que podría pasar al revés y, ahora que lo sabía, no tenía ni idea de cómo iba a pasar por esto. Darme cuenta de que estaba a poco tiempo de perder la relación que Eloy y yo teníamos me hacía daño.

Eva, al percatarse de mis lágrimas, se sentó frente a mí con el gesto fruncido, no era para menos.

—Luna —murmuró mi nombre casi en un susurro.

—Lo siento, será mejor que me vaya. —Me levanté con la clara intención de salir corriendo, mas ella me paró.

—No, no te vas de aquí sin decirme el motivo por el que te has puesto a llorar. ¿Acaso te molesta que Eloy esté enamorado de mí? —Su pregunta era la acertada, pero yo no podía responderle a eso. ¿Qué pensaría de mí?

¿Cómo le iba a decir a mi amiga que estaba enamorada de mi primo? Seguramente, me diría que estaba loca, que eso no podía ser. Apostaba lo que no tenía a que incluso dejaría de ser mi amiga y no quería perderla a ella también.

Negué, mentí, ¿qué otra cosa podría hacer?

—¿Estás segura?

La miré a los ojos, como si con eso pudiera responder, en realidad, deseaba contarle la verdad, lo necesitaba. El desahogo que iba a sentir iba a ser notable.

—Sí, me molesta y mucho —solté de pronto, algo que no se esperó.

Y sin más, la dejé con la palabra en la boca y me fui, no podía quedarme a esperar lo que tuviese que decir. Salí corriendo, tan rápido que llegué a mi casa antes de darme cuenta. Cuando abrí la puerta, escuché unos gritos que provenían de la cocina, caminé sigilosa para saber qué estaba pasando y mis padres estaban discutiendo. Últimamente lo hacían muy a menudo y no me gustaba, ellos se querían, yo sabía que era así. Sin embargo, algo fallaba en su relación: mi padre o, mejor dicho, el carácter de mi padre. No era malo, para nada, era solo que no sabía controlar sus emociones y soltaba lo primero que pasaba por su cabeza, además de hacer cosas que también molestaban. Solo había que verlo cuando mi tía Judith y él estaban en un mismo cubículo, era como estar viendo boxeo; no había puñetazos, pero poco faltaba.

Al percatarse de mi presencia, dejaron de gritar y me miraron. Yo no les dije nada, simplemente, subí las escaleras de dos en dos para después encerrarme en mi habitación. Estaba cansada, muy cansada y, aunque adoraba a mis padres, sabía que ellos estarían mejor separados.

CAPÍTULO 8

Eloy

Me quedaban horas para ser mayor de edad y aún no tenía ni idea de lo que haría con mi vida. No me refería a mi vida de adulto, me quedaba mucho para llegar a eso, sino a elegir carrera, eso sí que no lo tenía pensado. ¿Qué iba a estudiar? Era demasiado repentino, a mi parecer, aceptar que ya no era un niño y más cuando seguía requiriendo de la protección de mis padres. Me sentía maduro para algunas cosas, pero un niño para otras. ¿Y si me equivocaba? No pasaría nada, ¿no? Es decir, de eso iba la vida, de equivocarse mil veces. Estaba claro que necesitaba ir a la orientadora para aclararme o elegiría la carrera con menos salidas de la historia.

Me levanté algo perezoso, mis padres habían cogido el día libre para pasarlo conmigo, ya que, aunque era sábado, ellos trabajaban. Bueno, mi padre era el que más horas estaba fuera de casa, prácticamente, vivía en la oficina.

Al parecer, íbamos a pasar el día juntos, todos juntos. No era que no me hiciera ilusión, claro que sí y más si mi día iba a comenzar viendo a Luna, era lo único que me importaba.

Fui al baño para darme una ducha y vestirme. Mi madre ya llevaba un rato llamándome desde las escaleras para que bajase a desayunar. Cuando estuve listo, salí de mi habitación y en menos de un minuto entraba en el salón. Me encontré con mis padres y mi tío Jesús a cada lado de la mesa, la cual ya estaba preparada para darnos un buen festín; mi madre tan exagerada como siempre. Comenzaron a cantar *Cumpleaños feliz* y no pude más que sonreír, la verdad era que tenía la mejor familia de este mundo. Cuando terminaron, me acerqué a ellos y me dieron un fuerte abrazo.

—Mi niño —musitó mi madre soltando hipidos, ya estaba llorando—. Te quiero, mi corazón.

—Yo también, mamá.

—Ven aquí, campeón. —Me apretó mi padre—. Toma, aquí tienes tu regalo. —Extendió una caja mediana y me senté para abrirla.

—Feliz cumpleaños, Eloy —dijo mi tío.

Estaba nervioso, no sabía que tuviesen un regalo, nunca les pedía nada, tenía de todo como para recibir algo. La abrí despacio, mi madre estaba más atacada que yo y solo con eso sabía que era algo importante. Al abrirla, fruncí el ceño. Miré a mis padres y asintieron; eran las llaves de un coche y un sobre. Me indicaron que lo mirase bien; habían pensado en todo, pues me habían pagado las clases de conducir para sacarme el carné.

Mi padre me hizo seguirlo para ver el coche que, al parecer, ya estaba aparcado afuera. No me lo podía creer. Salí y, al ver el coche, por poco me dio un infarto: era un BMW X2 en naranja, era el coche de mis sueños y demasiado caro para un regalo a un chico que no tenía ni carné. Mis padres se habían pasado.

—Esto es demasiado, papá. Me habría conformado con un Ford Fiesta antiguo. —Sonrió.

—Nada es demasiado para ti, cielo —mencionó mi madre, emocionada—. Te mereces esto y mucho más. Además, no lo cogerás hasta que no sepas conducir muy muy bien y tengas el permiso, claro.

Asentí y les di las gracias a los dos para después volver a entrar y ponernos a desayunar.

La mañana se fue bastante rápido, le pregunté a mi madre por Luna y me evadió, prácticamente, no supo o no quiso decirme por qué mi primita no había venido a desayunar con nosotros. «Seguramente, está ocupada», me dijo con tranquilidad. Pero no me lo tragaba, Luna nunca se perdía los desayunos de mi cumpleaños, eran apoteósicos.

Cuando terminamos, me propuse ir a buscar a mi prima, pero no pude, pues Mikel me llamó para vernos y no aceptaba un no por respuesta, en palabras suyas. Y, aunque iba a negarme, pues se suponía que iba a pasar el día con mi familia, mi madre me dijo que fuera; al parecer estorbaba en casa. Así que, tal y como me dijo por teléfono, vino a recogerme en su moto para llevarme a su casa. Mikel y yo nos conocíamos desde hacía años, él llegó al colegio con siete años y nos hicimos amigos. Estaba un poco loco, todo había que decirlo, y poco teníamos en común, pero, aun así, nos llevábamos mejor que nadie.

—¿Ya tienes pensado qué harás hoy? —me preguntó cuando llegamos a su casa, yo me encogí de hombros.

Estaba seguro de que mi familia haría una merienda, como siempre, con todos, pero después yo quería hacer otra cosa, algo diferente para variar.

—Lo de siempre, no mucho más. ¿Por qué? —me interesé, estaba demasiado misterioso.

—Para que no hagas planes, esta noche he quedado con varios amigos en casa de Martín para tomarnos algo, así tenemos un motivo para beber. —Era muy sarcástico.

—¿Desde cuándo necesitáis un motivo para emborracharos? Que yo sepa, lo hacéis cuando os place. —Asintió y soltamos una carcajada. Era de lo que no había.

—Bueno, tú no hagas planes.

—No sé, ya sabes que mis padres siempre preparan algo y no quiero dejarlos tirados —le expliqué, aun así, pasaría el tiempo posible con él hasta que tuviera que marcharme.

Almorcé con Mikel y sobre las cinco de la tarde, que era cuando mi madre me dijo que tenía que estar en casa sí o sí, llegué y la sorpresa fue más que esperada; estaban todos, mi familia al completo, incluso mi tío Hugo.

Me acerqué a mi abuela para besarla, era a la que menos veía y la verdad era que la extrañaba mucho. Todos me felicitaron tras ella, me dieron sus regalos y me sentí afortunado de la familia que tenía, eran los mejores, siempre tratando de hacerme sentir bien, y eso era de agradecer.

Cuando pasó toda la locura, me acerqué a mi Luna para regañarla por no haber estado a mi lado durante la mañana.

—Lo siento, tuve que hacer algunas cosas, no me odies —fue lo que me dijo y yo, como siempre, la perdoné—. Al menos pasaremos la tarde juntos, ¿no? Podríamos cenar y ver una peli —propuso con la mejor de las sonrisas.

—Claro —acepté enseguida para después negar, recordando que ya había hecho planes—. Lo siento, pero Mikel ya me tiene agarrado para una reunión con nuestros amigos. No te importa, ¿verdad?

Se puso seria unos segundos y me sentí fatal por dejarla tirada.

—No te preocupes, no pasa nada. Eso sí, mañana eres mío y pobre de ti como hagas planes —me amenazó y le di un beso en la mejilla.

Pasamos un rato bastante ameno, cada uno estaba en un rincón hablando. Mi madre y mi tía no paraban de reír, seguramente, por alguna de las gracietas de mi tío Jesús, y mi padre y tío, alrededor de mi abuela, como siempre, aunque ella hablaba más con mis otros abuelos, los padres de mi madre, que se pasaban el rato discutiendo por cualquier estupidez.

Yo me quedé unos minutos solo a diferencia de los demás, si no estaba Luna, yo no era muy hablador y ella había ido a la cocina para ayudar a Dora, su abuela, a coger alguno de sus platos. La verdad era que, para mí, también era mi abuela.

Pensaba que me traerían alguna comida de Dora, pero llegaron con la tarta. Comenzaron a cantar y esperaron expectantes que pidiese mi deseo para después soplar las velas. «El deseo». ¿Había pedido un deseo? Pues claro, además, siempre pedía el mismo desde que me di cuenta de que amaba a Luna: estar con ella sin miedo a nada.

—¿Qué has pedido? —susurró en mi oído la susodicha.

—No pienso decírtelo.

—¿Cómo que no? Siempre me dices tus deseos —me recordó.

—Siempre te miento, nunca te digo el deseo real. —Abrió la boca formando una o exagerada —. ¿Qué? ¿No pensarías que te diría la verdad? Si no, no se cumple.

—¿Se te ha cumplido alguno de los que pediste a lo largo de los años, primo? —se interesó, mas yo negué—. No te creo.

—Es cierto, aún no se me ha cumplido, siempre pido el mismo por si llega a cumplirse. — Me encogí de hombros.

La conversación se quedó ahí por el momento, sabía que Luna no lo dejaría pasar así como así, la conocía demasiado y era muy curiosa.

Sobre las diez de la noche, y tras despedirme de todos, Mikel vino a recogerme para llevarme a casa de Martín. Antes de salir, busqué a Luna por todas partes, pero no la encontré y tampoco supieron decirme a dónde había ido, así que me fui sin más. Probablemente, estaría enfadada por no estar con ella e irme de fiesta con amigos; no la culpaba, pero las cosas habían salido así y tampoco podía dejar tirado a mi mejor amigo.

—¿Preparado para pasarlo bien? —preguntó a pleno grito Mikel.

—Normal, tampoco es que vayamos a armar la mejor de las fiestas, ¿no? Es decir, solo estaremos algunos amigos, cero chicas —le aseguré, dudoso.

—Claro, cero chicas, solo tíos. —Sonrió.

Había algo extraño en su manera de sonreír y, si no lo conociera como lo conocía, pensaría que me estaba ocultando algo, solo esperaba que no fuera una de sus tantas locuras en las que acabábamos borrachos en su casa y casi en coma hasta la una de la tarde del siguiente día. No era que yo lo hiciera muy a menudo, pero alguna que otra vez sí que me uní a sus locuras.

Al llegar, nos bajamos de su moto y caminamos hasta el chalé, todo estaba oscuro y parecía no haber nadie. Le pregunté, pero su respuesta no llegó, solo y cuando abrimos la puerta y nos encontramos con muchos amigos del instituto, incluida mi prima Luna, me habló.

—¡Sorpresa! —gritaron al unísono todos.

Saludé a todos los habidos y por haber, acercándome poco a poco a la única persona que me importaba de toda la sala. Luna estaba la última, como si estuviese evitándome de algún modo. Sabía que la iba a regañar por mentirme de este modo y hacerme sentir mal por dejarla sola el día de mi cumpleaños. Cuando llegué a ella, me abrazó y felicitó al oído.

—¿Se te ha cumplido tu deseo? —ahí estaba la pregunta.

—No.

—¿No era pasar tu cumpleaños conmigo?

—No.

—¿Me lo dirás algún día? —insistió sin separarse de mí; cada vez me costaba más dejarla escapar de mis brazos.

—Te lo diré cuando se cumpla. —Le guiñé un ojo.

Con todo el dolor de mi corazón, y porque si no lo hacía, la gente iba a empezar a sospechar de mis sentimientos hacia ella, me separé y acerqué a los demás para servirme una copa.

Vi cómo se acercaba a su amiga Eva, aunque la pelirroja no dejaba de mirarme de una manera un tanto rara que no sabría descifrar. ¿Sería que mi tío le habría dicho que estaba enamorado de ella? Dios, esperaba que no, si no tendría que dar más explicaciones y no estaba de ánimos para eso en este momento.

La fiesta comenzó de lo más divertido. Por un momento, sentí ganas de escapar, no me gustaba cuando mi prima bebía y sabía que me tocaría llevarla a cuestras esta noche hasta su casa, a no ser que la llevase a la mía. La cuestión era que acabaría vomitando por las esquinas y yo sería el único culpable por no controlarla.

—¿Jugamos a la botella? —preguntó Eva a grito pelado para que todos la escuchásemos.

Algunos dijeron que no, a otros les daba igual y como Mikel dijo que sí, me arrastró con él hacia el juego maldito de la botella donde te tocaba besar a cualquiera de los jugadores, fueran hombres, mujeres o familia.

Comenzaron con Eva, que justamente le tocó besar a Mikel; el juego empezó fuerte, pues el beso, más que un pico sin importancia, fue tan intenso que les faltó poco para irse a un lugar más privado. Al lado de Eva estaba Luna y, cuando lograrse separarse de la boca de mi amigo, le tocaría a ella mover la dichosa botella. No quería que lo hiciera. ¿Y si le tocaba besar a Martín o cualquier otro? No, no estaba preparado para verla besarse con otro tío.

—Venga va, que te lo vas a tragar —dijo Luna sin parar de reír, ya estaba algo achispada.

Lograron separar a Eva de Mikel y el juego siguió su curso, Luna le dio y esa botella dio tantas vueltas que por poco me mareé. Poco a poco, fue bajando la velocidad hasta que... Oh, no podía ser, se paró delante de mí, la puta botella me señalaba a mí y todos comenzaron a reírse. Obviamente, Luna y yo nos mirábamos serios, demasiado, y no parecía estar pasándolo bien en este momento en el que tenía que besar a su primo.

—Vaya —dijo Mikel—. Tienes que besarlo, son las reglas del juego.

—No voy a besar a mi prima, gilipollas. —Le pegué un empujón, alterándome.

—¿Tienes miedo, primito? —La miré, no era ella, era el alcohol quien hablaba—. Vamos, es solo un juego inofensivo.

—Esto no tiene nada de inofensivo. —Señalé a su amiga, que no paraba de rozarse con mi amigo.

Ella alzó una ceja con picardía y se acercó a mí, mucho, demasiado para poder soportarlo. Escuché como decían «bésala, no pasa nada porque sea tu prima», «no seas crío» y mil cosas más que dejé de oír en cuanto Luna, sin un ápice de vergüenza, pegó su boca a la mía. Pronto dejé de escuchar nada, solo estábamos ella y yo y nuestros labios dándose calor, mucho calor. Pensé que pararía, que me alejaría de ella, sin embargo, intensifiqué el beso y sentí como comenzaba a caer al vacío.

CAPÍTULO 9

Luna

Me fui huyendo de Eva para nada porque la tenía pegando en mi puerta media hora después; habíamos quedado para ir a comprar algunas cosas para el cumpleaños de mi primo. Mi padre me gritó desde abajo, avisándome de la visita. Bajé las escaleras y mi amiga me miró e hizo una señal con la cabeza para que la siguiese afuera. Me despedí de mi padre y salí tras ella.

—Lo siento —le dije antes de que hablase.

—¿Qué sientes exactamente, Luna? Porque no me lo has dejado claro —respondió con otra pregunta.

—No lo sé, bueno, sí lo sé, pero no puedo decírtelo, no cuando yo seré la que salga herida —aseguré mientras caminaba despacio, íbamos a coger el autobús.

Seguimos el camino calladas, no volvió a preguntarme, aunque sabía que lo haría en cualquier momento.

Intentamos pasar la tarde sin conversaciones incómodas y nos dedicamos a comprar las cosas que harían falta para la fiesta. Habíamos quedado también con Mikel y Martín para que pudiese llevárselo todo a su casa en su coche, total, la fiesta se haría allí y sería una estupidez llevárnoslo alguno de nosotros.

Cuando veníamos de vuelta, volvió a preguntarme y no pude esconder más lo que sentía, iba a decirle la verdad a mi mejor amiga, a la misma que estaba enamorada de mi primo, la que me quitaría la oportunidad de pasar todo el tiempo posible con él porque ahora estaría con ella, en cuanto él le confesara la verdad y se convirtieran en novios. Negué, no quería pensar en esa posibilidad.

—Estoy enamorada de Eloy —dije sin más—. Siento mucho decírtelo el mismo día en el que te enteras de que a quien quiere es a ti, pero no podía ocultártelo más.

—Joder —fue lo único que pudo decir.

—Sé que pensarás que estoy loca, que como me voy a enamorar de mi propio primo, que no podremos estar juntos y un sinfín de cosas más. Todas, me las sé todas, pero eso no quita que sienta lo que siento.

Mi corazón se comprimía cada vez que lo decía en voz alta, no era que lo hubiese hecho demasiadas veces, para ser exactos, esta era la primera y sería la última, porque no se lo diría a nadie más.

—Luna, si te sirve de consuelo, yo no creo que Eloy esté enamorado de mí, sino de ti. —Fruncí el ceño—. Eso se nota, solo hay que ver cómo te mira y eso, por mucho que me joda, es la verdad.

—Yo no lo creo, no habría dicho que...

—Se lo dijo a tu padre para que os dejara tranquilos, estoy segura.

Me encogí de hombros, no pensaba que fuese así, pero ¿y si era así? ¿Y si Eloy le mintió a mi padre solo para que nos dejara tranquilos?

Cuando llegamos a mi casa, ella siguió su camino para volver a la suya y yo me metí, como siempre, en mi habitación. Últimamente, no quería estar cerca de mis padres, se la pasaban discutiendo a cada rato y me dolía demasiado verlos así, cada vez estaban peor y sabía que el fin

estaba cerca. Pasamos de estar unidos a solo vernos en el desayuno y así sería a partir de ahora, estaba segura de ello.

El día del cumpleaños de Eloy, iba a ir a desayunar con él, como siempre, pero mi padre se negó alegando que quería pasar más tiempo conmigo. Además, mi madre no estaba porque se fue con mi tía Judith a comprar algunas cosas justo después de que ella terminase de desayunar.

—¿Qué te ocurre? Llevas unos días muy seria y alejada de nosotros —se interesó mi padre, pegándose un codazo cariñoso en el brazo.

—Nada, solo que en mi habitación es donde encuentro la tranquilidad que no sois capaz de dar últimamente —le reproché casi sin pensar, no era mi intención soltarle de pronto lo que pensaba.

—Hija, yo... lo siento. Sé que tu madre y yo hemos estado discutiendo mucho y...

—No, papá, no tienes que disculparte conmigo.

Sin decirle nada más, me levanté y me fui a mi habitación de nuevo. No era que me gustase estar encerrada, claro que no, pero pasar el rato en la terraza, respirando aire puro, dejando la mente en blanco o, al menos, intentándolo, era mejor que escuchar reproches todos los días, las veinticuatro horas, porque no eran capaces de parar ni de noche.

Por la tarde, nos fuimos a casa de mi tía para esperar a Eloy, que había ido a comer con su amigo Mikel, me lo había dicho en un mensaje este para avisarme de que tendría que escaparme a casa de Martín después de la fiesta que le harían mis tíos.

Cuando llegué, los saludé a todos y me quedé hablando con mi tío Jesús, que era el único que me entendía y al que podría decirle cómo me sentía, aunque no fuese el momento.

—¿Qué le pasa a la Luna de mi alma? —preguntó, abrazándose.

—Ay, tito, si yo te contara. —Suspiré.

—Soy todo oídos, cielo. —Me guiñó un ojo y cogí su brazo para llevarlo a la cocina, donde podríamos hablar sin que nadie nos escuchara.

—Es complicado. —Volví a suspirar, últimamente, lo hacía mucho.

—Nada lo es, solo nosotros nos complicamos la vida, mi niña. Dime qué pasa, yo no te voy a juzgar.

—Por eso te lo voy a contar a ti, porque sé que serás el único que me entienda.

Comencé a dar vueltas de izquierda a derecha, retorciéndome los dedos de las manos, con miedo pero confianza a la vez. Una parte de mí sospechaba que pronto todo se sabría y que todo iba a cambiar, era como un presentimiento.

—Estoy enamorada de Eloy —confesé.

Se quedó unos segundos en silencio, para luego sonreírme con cariño y abrazarme como si fuese mi padre y, en realidad, para mí era como si lo fuera, siempre había sido conmigo amoroso y compasivo. Siempre me había escuchado y aconsejado. Mi tío Jesús habría sido un buen padre y no quería decir que mi padre no lo fuera, solo que eran diferentes. El señor Hugo Castillo era más cabezón e incluso un poco ogro, pero lo quería, más bien lo adoraba.

—¿Y cuál es el problema? —Se sentó.

—Que somos primos.

—Eso no es un problema, al menos yo no lo veo así.

—Que está enamorado de mi amiga, o eso es lo que él le ha dicho a mi padre. —Lo imité y me senté frente a él.

—Mira, Luna. No sé si es cierto que Eloy está enamorado de esa chica, lo que sí sé es que tú eres muy importante para él y...

—Aquí estáis —dijo mi madre entrando en la cocina e interrumpiendo nuestra conversación—. ¿De qué hablabais? Ya Eloy está a punto de llegar.

—De nada, mamá. Solo me ponía al día con mi tito. —Besé su mejilla y me escabullí.

Unos minutos después, mi primo entraba en la casa. Saludó a todos y vino hasta mí para primero regañarme y luego besar mi mejilla.

Yo lo miraba embobada, no sabía por qué no me di cuenta antes de lo que sentía por él, pero estaba claro que mi corazón se estrujaba cuando lo tenía cerca y me quedaba sin aliento cuando besaba mi mejilla. Eloy y yo éramos tal para cual, y seríamos la pareja perfecta de no ser familia, porque eso siempre sería así, siempre seríamos primos.

Cuando sopló las velas y le intenté sonsacar el deseo que había pedido, esperé a que se despistara para poder irme, debíamos preparar la otra fiesta.

Eva me esperaba afuera con su padre para llevarnos a casa de Martín, los saludé y en menos de media hora entrábamos en el chalé de este para prepararlo todo, Mikel había avisado de que llegaría en media hora más o menos, teníamos muy poco tiempo y ya me estaba poniendo nerviosa. Además, no tenía el regalo de Eloy, lo había dejado en mi casa con las prisas y tendría que dárselo mañana. Tampoco era que le hubiera comprado algo, comparado con el cochazo de mi tío, mi regalo no era nada. Pero sabía que le haría ilusión.

Al fin llegó y me dejó para la última, como siempre. Se iba acercando a mí lentamente y, a cada paso que daba, más nerviosa me ponía. Era como si, a partir de esta noche, todo fuese a cambiar entre nosotros. Por algún motivo que desconocía, empecé a creer en lo que mi amiga Eva me había dicho, eso de que en realidad estaba enamorado de mí y no de ella. Por primera vez en mucho tiempo, tenía la certeza de que necesitaba confesarle mis sentimientos sin importar las consecuencias. Eso solo lo conseguía él con una simple mirada.

—¿Se te ha cumplido tu deseo? —le pregunté en cuanto llegó a mí.

—No —respondió con una sonrisa.

—¿No era pasar tu cumpleaños conmigo?

—No.

—¿Me lo dirás algún día? —insistí sin separarme de él, cada vez me costaba más alejarme de sus brazos.

—Te lo diré cuando se cumpla. —Me guiñó un ojo.

Me dejó con la boca abierta y se fue con su amigo a prepararse una copa. Eva se acercó a mí y me llevó hasta la cocina para coger la botella que habíamos comprado para nosotras, no éramos de beber cosas fuertes, así que compramos *amaretto*, el licor era dulce y estaba tan rico que empezabas a beber y no te dabas cuenta hasta que estabas borracha como una cuba.

De pronto, y cuando ya había perdido la cuenta de las copas que me había bebido, estaba algo achispada, todo había que decirlo, alguien gritó que jugásemos a la botella. Inmediatamente, unos dijeron que sí y otros se negaron. Yo solo haría lo que mi primo eligiera y como él se colocó al lado de Mikel, yo me senté al lado de Eva. Le tocó a ella primero y, justamente, besar a nuestro amigo. Al principio pensé que se echaría atrás, pero nada más lejos de la realidad, por poco se lo tragó, ese beso fue demasiado y saltaban chipas entre ellos.

—Vamos, te toca —murmuró en mi oído mi amiga.

Puse la mano sobre la botella y la hice girar, con tanta fuerza que comenzó a dar vueltas a demasiada velocidad. No lo había hecho aposta, lo juraba. Entonces, como si el destino estuviese de nuestro lado, se paró delante de Eloy. No me lo podía creer, tenía que besar a mi primo y no sabía si era por el hecho de que estuviera loca e irremediamente enamorada de él o el alcohol,

pero lo deseaba, deseaba besar sus labios.

A pesar de sus negativas por hacerlo, me acerqué a él, intimidante, diciéndole que solo era un juego. No lo dejé hablar, ¿para qué? Y lo besé, pegué mis labios en los de él, en su carnosa boca que tantas ganas me moría por besar. No estaba previsto, nada de lo que pasó después lo estaba. Eloy metió su lengua en mi boca y sentí como mis piernas temblaban, como se cerraban buscando alivio en aquella zona que nunca había notado que estaba ahí, que podía sentir eso. Estaba excitada, demasiado.

Escuchamos como se quejaban los demás y nos separamos. En principio nos quedamos mirando a los ojos fijamente, ambos fruncimos el ceño sin entender lo que nos había pasado. Bueno, yo sí sabía lo que me pasó a mí y era que lo necesitaba, necesitaba a mi primo. No, debía dejar de llamarlo primo, no podía pensar en él como familia y morirme por estar con él.

CAPÍTULO 10

Luna

La fiesta siguió su curso, la música sonaba tan fuerte y yo estaba tan borracha que ya no coordinaba ni los pasos de baile. Eva tiró de mí para llevarme al baño y que me echara agua, ella estaba también algo perjudicada, pero no tanto como yo. Dejó de beber en cuanto se besó con Mikel con la intención de repetir ese beso. No como yo, que en cuanto besé a Eloy, necesitaba más alcohol para soportar las miradas de todos, incluidas la suya. No sabía si me miraba porque le había gustado o porque estaba avergonzado. Obviamente, yo quería que fuese la primera opción.

—Échate agua, anda —mencionó Eva, acercándose al lavabo.

—No... estoy tan borracha —respondí arrastrando las palabras.

—No, qué va. Venga, nos vamos a ir ya.

Necesitaba vomitar, se me revolvió el estómago tanto que, como no me agachara pronto, lo echaría en el primer lugar que se pusiera por delante. Con la ayuda de Eva me agaché y abracé el váter como si fuese un osito de peluche.

No sabía el tiempo que llevaba ahí, pero ya no escuchaba ni la música. De pronto sentí como alguien me cogía en brazos y me sacaba del baño. Sentí algo de frío, parecía que estábamos en la calle. Quise abrir los ojos, de hecho, los abrí, pero se me cerraron enseguida, no pude ver quién era la persona que me llevaba a no sabía dónde. Íbamos en un coche, de eso sí estaba segura, escuché como se cerraba la puerta y percibí el movimiento, pero nada más; me quedé dormida.

La luz se colaba por las cortinas y el frescor de la mañana me erizó la piel. Comencé a removerme y abrí los ojos despacio, me costaba acostumbrarme a la claridad. Me incorporé y me cogí la cabeza como si se me fuera a caer.

—Eh, tranquila. Tómate esto. —Escuché la voz de Eloy, lo que me hizo abrir los ojos de golpe.

—¿Dónde estoy? —Miré a mi alrededor—. ¿Qué hago en tu habitación, Eloy? —Me levanté nerviosa, estaba semidesnuda, solo con una camiseta suya. Sí, era grande y me tapaba hasta debajo del culo, pero igualmente me avergoncé.

—Tranquila, no te desvestí yo y no he dormido aquí, me fui al sofá —declaró con una sonrisa ladeada.

—¿Tu madre sabe que estoy aquí? —Asintió—. ¿Y la mía? —Volvió a asentir y yo solté el aire que no sabía que estaba reteniendo.

Me senté en la cama y tapé mis piernas con la colcha, no era que no me hubiera visto en bikini mil veces, pero después de todo me daba vergüenza. Se sentó a mi lado y cogió mis manos sin dejar de mirarme a los ojos, estaba demasiado extraño.

—¿Te ocurre algo? —me interesé.

—¿No te acuerdas de nada? —Puse los ojos en blanco y me encogí de hombros—. ¿De verdad que no?

—¿Puedes ser más claro? Es que el alcohol todavía me tiene algo obnubilada. —Volvió a

sonreír y juraría por Dios que, si volvía a hacerlo, lo besaba.

Y, como si me hubiese escuchado, se acercó a mí y me besó. No me lo esperaba y mucho menos lo que yo misma hice después. Lo abracé, pegué mi cuerpo al suyo y el beso se volvió más intenso, Eloy metió su lengua en mi boca y la mía lo recibió gustosa. No me podía creer lo que estaba pasando, nos estábamos besando y esta vez había sido él quien inició el beso. ¿Sería verdad que me quería, que era yo la chica de la que estaba enamorado? De ser así, no iba a poder alejarme de él, yo lo amaba con toda mi alma y ahora sabía que podíamos estar juntos, luchar porque nadie nos separase.

Despegó sus labios de los míos y rozó su nariz con la mía en un intento fallido de alejarse más, no pudo, claro que no pudo, y volvió a besarme, pero esta vez fue un casto beso.

—Te quiero, Luna, ya no puedo ocultártelo más —declaró, lo que me emocionó sobremanera.

—Yo también te quiero, no sabes cuánto te quiero, Eloy. Esto... esto es como un sueño.

—Lo sé, me lo dijiste anoche. Me dijiste que estabas enamorada de mí y que te daba igual si yo no te quería. Siento que creyeras que estaba enamorado de otra, pero no podía dejar que tu padre se enterara de mis sentimientos hacia ti —me aclaró, abrazándome.

—Yo siento haberte obligado a besarme anoche, no pretendía...

—¿Estás de broma? Me moría por besarte, pero pensé que lo hacías porque estabas borracha. Además, estaban nuestros amigos y no quería que empezaran a hablar mal. —Asentí, cogiendo su mano y enroscando mis dedos con los suyos—. Luna —me miró—, ahora que sé lo que es besarte, abrazarte, ahora que sé que me quieres, no puedo alejarme de ti... no puedo y no quiero hacerlo.

—No lo hagas, Eloy, no te alejes.

Escuchamos pasos acercarse y nos separamos de golpe. Volví a la cama y me tapé hasta arriba mientras Eloy hacía como que miraba algo en el portátil. Mi tía Judith entró sin avisar, como siempre, y nos miró de hito en hito y sonrió como si pensara que se iba a encontrar otra cosa.

—Buenos días, borrachina —me saludó—. Menos mal que Eloy te trajo aquí, porque si tu padre te llega a ver en el estado que llegaste, te castiga hasta los treinta.

—Gracias por dejar que me quede aquí, tía. —Me dio un beso en la frente.

—¿Quieres desayunar antes de irte a tu casa? Tu madre sabe que estás aquí, pero tu padre cree que dormiste en casa de Eva.

—Sí, me muero de hambre. —Iba a levantarme cuando ella me paró en seco.

—Espera, quieta ahí. —Miró a Eloy—. Largo de aquí.

—¿Por qué?

—Tu prima está medio desnuda, así que largo para que pueda levantarse.

—Oh, cierto.

Eloy salió de la habitación y aproveché para vestirme y hablar con mi tía, estaba pensando en decirle a ella la verdad, no me gustaba tener secretos con las personas que quería, aunque al único que no podía decirle fuese a mi padre.

Mientras me vestía, ella se sentó en la cama y me miraba de una forma rara, como si, en el fondo, supiese algo. Mi tía Judith siempre fue un poco bruja, eso o era una cotilla que nos había espiado detrás de la puerta.

—¿Te pasa algo, tía Judi? —le pregunté solo para que empezara a hablar, cosa que estaba loca por hacer.

—¿No tienes nada que contarme? —Alzó las cejas con una sonrisa pícar.

—No sé, dímelo tú.

—Venga, te daré la oportunidad de que me lo cuentes tú.

Me senté a su lado en cuanto terminé de vestirme, era todo un caso.

—Venga, si ya lo sabes, para qué me haces decírtelo, me muero de vergüenza. —Me tapé la cara con ambas manos.

—El amor no tiene que avergonzarte, cariño. —La miré de nuevo—. Sé que estáis enamorados y lo sé desde antes de que vosotros os dierais cuenta, pero...

—Como siempre hay un pero. —Asintió, pasando un brazo por encima de mis hombros.

—No será fácil, cielo. Tu padre hará lo posible por separarte de Eloy.

—Lo sé, pero no dejaré que lo consiga.

—Por mi parte, y sé que por parte de tu tío también, tenéis mi aprobación. No creo que por ser primos no podáis estar juntos, no hay nada de malo en eso. Además, no podemos hacer nada si os queréis, peor sería que estuvierais juntos a escondidas, ¿no? —Me encogí de hombros.

Abracé a mi tía, agradeciéndole lo comprensiva que siempre era conmigo, con nosotros. Siempre vio el amor que Eloy y yo nos teníamos, lo que pasaría, y dejó que el tiempo fuese el que diese el paso a lo que ahora había sucedido. Bajamos a desayunar y mi tío, al que no esperaba ver en casa, estaba hablando con Eloy. Ambos lo sabían, mis tíos eran los mejores y, teniendo su apoyo, no todo iba a ser tan complicado.

Eloy y yo sabíamos que era muy pronto para ir publicando que nos queríamos, aunque aún no habíamos hablado de si éramos novios o no, no sabía si me lo pediría, aunque me moría por serlo e ir con él agarrados de la mano, sentarme con él en el bus escolar, besarlo en público sin miedo a las habladurías.

Cuando terminamos de desayunar, Eloy me acompañó a mi casa y por el camino quise coger su mano, pero no lo hice. Él pasó su brazo por mis hombros, acto que siempre hacía cuando íbamos caminando, no tenía nada de malo a ojos de los demás.

—Por cierto, ya se me cumplió el deseo —musitó, nervioso.

—¿Sí? —Asintió sonriendo.

—Era estar contigo, besarte y abrazarte. Era saber que me querías y poder decirte lo que sentía. Eras tú mi deseo, Luna.

—Oh, qué bonito. Ahora no puedo besarte, tonto. Me lo podrías haber dicho antes. —Le guiñé un ojo, coqueta.

No sabía que tendríamos esta complicidad después de besarnos, de abrazarnos. No sabía que sería tan fácil estar a su lado de un modo diferente a lo que solíamos.

—Guarda el beso para más tarde, cuando suba hasta tu habitación para ver las estrellas contigo.

Le di un beso en la mejilla, rozando la comisura de sus labios y esperé a que se marchara para entrar yo en mi casa. Entré sigilosa, no quería que mis padres supieran que había llegado hasta que se me quitara la cara de tonta que sabía que traía, iba a ser muy sospechoso. Pero justo cuando iba a subir las escaleras para irme a mi habitación, escuché como de nuevo mis padres gritaban, pero esta vez en el despacho de mi padre, y a la que más se le oía era a mi madre.

Me acerqué un poco para averiguar el motivo de la nueva pelea, no porque fuese una cotilla, solo que esta vez se le escuchaba más alterada de lo normal a mi madre y me preocupaba que hubiese pasado algo más grave.

—¿Cómo se te ocurre decirle a un niño pequeño que no es de tu familia, que no es un Castillo?! ¿Estás loco? Sabía que eres un bocazas y que a veces no mides las palabras, pero de

ahí a despreciar a tu propio sobrino. Hugo, esta vez te has pasado.

—Fue hace mucho tiempo, no tienes por qué ponerte así ahora, ¡joder! Además, solo dije la verdad, Eloy no es un Castillo y eso no lo va a cambiar nadie.

«Eloy no es un Castillo», me repetí mentalmente lo mismo que mi padre había dicho y no lo podía creer.

—Vale que es adoptado, pero tu hermano le dio su apellido, por lo cual es un Castillo te guste o no. Además, ¿qué cojones te importa a ti que lo sea o no? Es su hijo, él lo ha criado, Hugo. Lo siento, pero esto no te lo perdono ni yo ni tu familia.

«Adoptado, Eloy es adoptado».

Escuché pasos acercándose a la puerta y salí corriendo para meterme en mi habitación. Cuando llegué, puse el pestillo para que nadie pudiese entrar, no estaba de ánimos de ver a nadie y menos después de enterarme de este secreto. No me podía creer que mi primo... bueno, Eloy, fuese adoptado y no se lo dijeran. ¿Qué pasaría cuando se enterara, cuando supiera que sus padres realmente no lo eran? Se iba a sentir como una mierda, de eso estaba segura. Solo una cosa tenía clara y era que yo estaría con él.

CAPÍTULO 11

Eloy

No debí besarla, no cuando no podía esconder el amor que sentía por ella. No debí besarla estando borracha. Apostaría mi vida a que mañana se iba a arrepentir.

Cuando nos separamos, nos quedamos mirando. Tenía el corazón en un puño y la respiración entrecortada. Se veía tan preciosa con los labios rojos por mi beso que me enamoré un poquito más de ella si podía.

Desperté de mi letargo y me separé de ella para irme con Mikel a tomar el aire, necesitaba desahogarme con alguien. Mi amigo me miraba con extrañeza y, aunque sabía que lo que pasaba por su cabeza no era nada bueno, le preguntaría.

—¿Qué piensas? Dime lo que sea, lo aceptaré todo.

—No sé, o sea, ¿estás enamorado de Luna? —su pregunta fue directa, me lo esperaba.

—Sí, lo estoy, desde hace mucho.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Habríamos evitado el beso de alguna manera. Aunque déjame decirte que ella no se queda atrás, hasta un ciego se daría cuenta de que ese amor es mutuo —expresó, y lo miré con el ceño fruncido.

—No, no lo creo. —Me encogí de hombros.

¿Sería así de verdad? Ese era mi deseo, tenerla a ella conmigo, que fuera mía; poder besarla cuando quisiera, decirle lo mucho que la amaba. Pero no, no tenía claro de que eso fuera así, Luna no estaba enamorada de mí. Me quería, eso no era un secreto, pero de ahí a amarme no lo tenía claro.

—Yo creo que sí.

Dejamos de hablar cuando insistió en lo que pensaba y nos quedamos un rato en el jardín, tomando el aire, mirando el cielo. Mientras Mikel se fumaba un cigarro, yo suspiraba a cada calada suya.

Cuando terminó de fumarse el cigarro, entramos y nos encaminamos a la mesa de las bebidas para prepararnos una copa. No era de beber mucho, de hecho, tampoco quería, tenía que vigilar a Luna que sí estaba bebiendo bastante y no estaba demasiado acostumbrada, sabía que me iba a tocar llevármela en brazos.

Lo que quedó de fiesta no volví a acercarme a ella, aunque no dejábamos de mirarnos y eso creaba una tensión que no podíamos controlar. De pronto vi cómo se iba con Eva al baño, se tambaleaba, estaba bastante mareada, así que la seguí por si me necesitaba. Esperé fuera durante diez minutos en los que no se escuchaba nada en el interior. Cansado de esperar, abrí la puerta sin tocar y vi como Luna abrazaba el váter mientras vomitaba hasta la primera papilla que le dio su madre. Cabreado por verla así, eché a Eva y, cuando terminó, la cogí en brazos y salí. Me acerqué a Martín y le pedí, por favor, que nos llevara a casa en su coche. Este asintió y, aunque no debería conducir dado que había bebido, no me quedaba otra. Me despedí de los demás, incluido mi amigo, que se haría cargo de Eva, pues ella había llegado con mi prima, y salimos.

No sabía cuánto tiempo tardamos en llegar a mi casa, me pasé el camino acariciando la mejilla de Luna, estábamos en el asiento de atrás. Martín no dijo nada, iba concentrado en la carretera. Cuando llegamos, salí del coche y volví a cargar con mi prima y nuestro amigo se fue.

En ese momento, Luna parecía estar algo más consciente porque me sostuvo en el muro, acto que me ayudó a sacar las llaves para abrir.

—Estoy enamorada de ti, Eloy, y me da igual que tú no me quieras —musitó despacio.

Me quedé estático al escucharla, no me esperaba que me confesara sus sentimientos. Me di la vuelta y, antes de responderle, volvió a cerrar los ojos, obligándome a cogerla en brazos y cargar con ella de nuevo. Cuando conseguí abrir la puerta, mi madre venía hasta ella.

—¿Borracha? —me preguntó y asentí—. Vamos, llévala a tu habitación mientras te preparo el sofá para que duermas ahí. —Iba a subir, pero me habló de nuevo—. Ah, no se te ocurra desnudarla tú, ahora subiré.

—No pensaba hacerlo, mamá —le aseguré.

—Bien.

Subí las escaleras y la llevé a mi habitación, donde, tras abrir la colcha, la dejé en mi cama. Suspiré al verla tan frágil, pues ella no lo era, más bien era la chica más fuerte que conocía. Me senté en el borde y aparté un mechón de pelo que tapaba sus ojos. Era tan bonita y me quería, me quería a mí.

—Me quieres y te quiero —le dije, aunque sabía que no me escuchaba.

Mi madre entró y me vio sentado a su lado. Sonrió acercándose a mí para después abrazarme, ella sabía lo que sentía por Luna, ella me apoyaba en todo lo que yo decidiera hacer.

—Claro que te quiere, Luna te quiere mucho —expresó con cariño.

—No, no lo entiendes, mamá. Luna está enamorada de mí, me lo ha dicho —respondí sin poder borrar la sonrisa del rostro.

—Oh, eso no me lo esperaba.

—Nos hemos besado. —Abrió los ojos desorbitadamente.

—Hijo, yo... no quiero que sufras y sé que cuando tu tío sepa esto, la va a liar.

—Lo sé, pero me da igual. ¿Por qué tengo que evitar estar con alguien que siente lo mismo que yo? Sé que será difícil...

—Muy difícil —me interrumpió—. Yo estaré a tu lado, pase lo que pase y sé que tu padre también. —Besó mi cabeza—. Ahora, largo de aquí, voy a desvestirla.

Le di un beso en la frente a Luna y me levanté para ir al sofá, no iba a dormir con ella, eso iba a ser demasiado para un solo día y tenía que recordar que era menor de edad.

Me iba a costar mucho quedarme dormido sabiendo y recordando todo lo que había pasado en pocas horas. Sin duda, había sido el mejor cumpleaños de toda mi vida y no importaba lo que pasara mañana, era feliz.

Sobre las diez de la mañana, me levanté y lo primero que hice fue ir a verla. Entré en mi habitación, aún dormía, así que fui a por un vaso de agua y una pastilla, sabía que se iba a levantar con una resaca de las gordas. Regresé justo cuando se estaba incorporando, se puso las manos en la cabeza y me acerqué a ella para que se tomara la pastilla.

—¿Dónde estoy? —La escuché decir mientras posaba sus ojos en mí—. ¿Qué hago en tu habitación, Eloy?

Se levantó nerviosa, estaba semidesnuda, solo con una de mis camisetas. Le quedaba bastante grande, pero no lo suficiente. Al ser ella tan alta, solo le tapaba hasta debajo del culo. Se dio cuenta de que la estaba mirando y se ruborizó.

—Tranquila, no te desvestí yo y no he dormido aquí, me fui al sofá —declaré con una sonrisa ladeada.

Me preguntó si nuestras madres sabían que ella estaba aquí y asentí, claro que lo sabían. Mi

madre se encargó de que mi tía Fernanda lo supiera. Se sentó en la cama y se tapó las piernas con la colcha como si no la hubiese visto en bikini unas mil veces. Caminé hasta ella y me senté a su lado, estaba nerviosa, aunque yo también lo estaba. Cogí sus manos sin dejar de mirar sus ojos, no podía dejar de hacerlo... solo quería besarla de nuevo.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó.

—¿No te acuerdas de nada? —Puso los ojos en blanco y se encogió de hombros—. ¿De verdad que no?

—¿Puedes ser más claro? Es que el alcohol todavía me tiene algo obnubilada.

Sonreí, ¿qué más podía hacer? Entonces, no lo pensé y me acerqué a ella y la besé. No se lo esperó, ni yo mismo me lo esperaba, pero después ella reaccionó y me abrazó, pegando su cuerpo al mío, provocándome de tal manera que el beso se volvió más intenso. Metí mi lengua en su boca, rozando la suya, que me recibió gustosa. No podía creer que estuviéramos besándonos de nuevo, que esta vez fuese más real.

Despegué mis labios de los suyos y rocé mi nariz con la suya en un intento fallido de alejarme, no pude, claro que no pude, y volví a besarla, aunque esta vez solo un roce, dándole un casto beso.

—Te quiero, Luna, ya no puedo ocultártelo más —declaré.

Pensé que me despertaría del sueño en cuanto le dijera que la quería, que ella me diría que ella no. Sin embargo, mi pecho se infló al escuchar de sus labios que me quería, que ella también me quería. Le conté que me lo había dicho anoche, la borrachera había sido la culpable de su declaración y de que, en este momento, estuviéramos así.

Quería pasar todo el día con ella, de hecho, lo pasaría. Solo dejaría que se fuera y por la tarde iría a su casa, subiría hasta su terraza y la besaría hasta el cansancio.

Mi madre estuvo hablando con ella mientras se vestía y después con los dos, nos apoyaba, yo ya lo sabía.

Cuando se fue, almorcé con mis padres y hablamos de cómo íbamos a sobrellevar el tema de Luna y yo, no era un problema para ellos, pero sí para mi tío Hugo.

—Mamá, ¿puedo hacerte una pregunta?

Era algo que rondaba mi cabeza desde que ella supo la verdad.

—Claro, cariño.

Estábamos sentados en el salón viendo la tele, mi padre estaba en su despacho trabajando, tenía cosas pendientes.

—¿Por qué no os importa que me haya enamorado de mi prima? Es decir, no me malinterpretes, pero si mis tíos no lo aprueban por ser familia y vosotros sí, me parece extraño.

No era que mi a mi madre no le importara nada de lo que me pasara a mí, pero teníamos claro que éramos primos y que estaba mal visto para muchos, aunque no para todos. Se levantó del sillón y se puso a mi lado, estaba bastante nerviosa, lo notaba.

—No es que no me importe, pero tengo claro que el amor es así, no puedes no sentirlo, lo haces y ya. ¿Qué más da a quién? —respondió con sinceridad.

—Pero somos primos, familia. Nos hemos criado juntos, como hermanos.

—Hijo, hay algo que tienes que saber.

Justo cuando me iba a contar, sonó el timbre.

—Espera un momento.

Se levantó y fue a abrir, poco después regresó con mi tía Fernanda, que venía hecha un mar de lágrimas. Enseguida me preocupé y pregunté por Luna, mas no me respondió, las lágrimas no la

dejaban hablar. Mi madre me miró y me pidió que fuera a ver a mi prima y así lo hice, salí de mi casa y caminé hasta la suya. Iba a tocar el timbre, pero no me atreví, así que, directamente, subí por el árbol hasta su terraza y salté.

Luna estaba sentada en la cama mirando algo en el móvil, aún no se había dado cuenta de mi presencia y yo solté el aire que retenía en cuanto comprobé que ella estaba bien. Así que estaba claro que mi tía estaba así por otra persona, llamada Hugo Castillo.

CAPÍTULO 12

Luna

Mi habitación se había convertido en mi lugar favorito, desde hacía tiempo solo me encerraba aquí y pensaba. En unos poquitos meses se había complicado todo tanto en mi hogar, en mi familia; mis padres cada vez estaban peor, mi primo Eloy, ese chico con el que me había criado, con el que tenía los mejores recuerdos de toda mi vida, no era mi primo, no era nada mío. Bueno, algo sí, era el chico del cual estaba enamorada. Enterarme de que era adoptado había sido un palo y no quería pensar en lo que iba a sentir él cuando se enterara, aun así, siempre había algo bueno que sacar, nadie podía decirnos que no podíamos estar juntos por ser familia, no lo éramos y, aunque me doliese saberlo, también me aliviaba.

Me senté en la cama, reposando la espalda en el cabecero, y cogí mi móvil para abrir el álbum de fotos que tenía guardado en la nube, eran todos momentos con Eloy, los mejores recuerdos de mi vida eran con él. Vi cada foto, las mismas que había imprimido para crearle el álbum como regalo de cumpleaños, cada una con una frase. Las lágrimas se derramaron por mis mejillas casi sin darme cuenta, no podía negar que me dolía, me dolía mucho.

De pronto, escuché unos toques en la puerta de la terraza, miré, aunque sabía quién era. Eloy estaba al otro lado con la mejor de las sonrisas, una sonrisa que se esfumó en cuanto se dio cuenta de que estaba llorando. No quería que me viese así.

Me levanté y fui a abrirle. Lo primero que hizo fue abrazarme, encerrarme entre sus brazos, escondiéndome de cualquier cosa que me hiciera daño. ¿Qué hacía ahora? ¿Cómo iba a mirarlo sin poder decirle nada? Estaba claro que ese secreto no debía decirlo yo, sino sus padres. Entonces, ¿cómo haría para guardarlo? Me iba a costar mucho.

—Eh, pequeña, ¿por qué lloras? Pensé que ibas a estar feliz, igual que yo. —Besó mi cabeza.

—Por nada, no lloro por nada.

—No mientas, Luna, te conozco demasiado bien y sé que esas lágrimas no son de felicidad precisamente. —Cogió mi barbilla con los dedos para hacer que lo mirara a los ojos.

Quería dejar de llorar, lo juraba, mas no podía. Los recuerdos de toda la vida me inundaron, me estaba agobiando. Mi mente no dejaba de proyectar cada uno con tanta rapidez que me estaba mareando.

—Mis padres cada vez están peor. —Era mejor decirle eso que el motivo por el que lloraba.

Igualmente, era verdad que mis padres no pasaban por su mejor momento, estaba segura de que esa relación iba a acabar pronto y me dolía demasiado ver como mi familia se destrozaba por momentos. ¿Qué pasaría después de eso? ¿Me iría con mi madre o mi padre? No tenía ni que pensarlo, llegado el momento, me iría a vivir con mi madre.

Eloy me cogió de la mano y me llevó hasta la terraza para sentarnos. Me encantaba estar así con él, tener esa complicidad que tanto nos unía. Lo miré y besé sus labios, importándome muy poco que alguien nos pudiera pillar. Lo necesitaba, necesitaba tenerlo a él, besarlo y que me abrazara hasta que mis lágrimas cesaran.

—No, aquí no. No quiero que tu padre nos vea y me eche a patadas. —Elevó la comisura de sus labios en una perfecta y fina sonrisa.

—Me da igual que nos vea. Es más, voy a decirle que te quiero, que estamos juntos. Porque

estamos juntos, ¿verdad? —mi pregunta salió ahogada, tenía miedo de que me dijera que no.

—Es lo que más deseo, que seas mi novia. ¿Quieres ser mi novia? —me preguntó mirándome a los ojos mientras se pasaba las manos por el cabello. Asentí con una sonrisa y me levanté para luego sentarme sobre sus piernas y comérmelo a besos.

No me importaba, de verdad que no, ya no. Si mi padre entraba en mi habitación y nos veía, que nos viera, no me importaba. Ahora solo necesitaba estar con él, lo que viniese después era secundario. Lo que sí tenía claro era que tenía que hablar con mi tía Judith y obligarla a decirle la verdad a Eloy, no podía dejar que viviese una mentira toda su vida. Además, no era nada malo ser adoptado, al contrario, le dieron una familia, un hogar a un niño que no tenía nada.

Nuestros labios seguían unidos, no había manera de separarnos y tampoco queríamos. Sentía como mi cuerpo se estremecía por el contacto de la yema de sus dedos entrando por debajo de mi camiseta para acariciar mi espalda. Comenzó a dibujar círculos en mi cintura y un cosquilleo en el centro de mi deseo me atenazó, solo una vez lo había notado antes y fue cuando nos besamos en la fiesta.

—Luna —musitó con nuestros labios pegados—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Eloy, mi Eloy.

Me miró a los ojos y pegó su frente a la mía, un suspiro se le escapó de entre los labios. Ambos estábamos muy excitados, pero no llegaríamos a nada más que unos cuantos besos y caricias. Sabía que él me respetaría, pues yo aún era virgen y, aunque me moría por estar con él, no estaba preparada.

Decidimos que era mejor parar antes que perder la poca cordura que nos quedaba y se fue a su casa, sabía que la situación en la mía no estaba bien y no podíamos exponernos a que nos vieran así. Sin embargo, eso era lo que él pensaba, pero yo, que ya sabía la verdad, tenía una conversación pendiente con mis padres y hoy, esta misma noche, se acabaría todo.

Cuando me quedé sola, tras un largo beso de despedida, salí de mi habitación para buscar a mis padres. Ya estaba decidida, hablaría con ellos, aunque primero con mi madre; al menos que alguien me apoyara antes de entrar en la boca del lobo.

Cuando puse el pie en el último escalón, mi madre entraba, parecía estar más tranquila.

—¿Estás bien, mamá? —Asintió y me dio un beso en la mejilla—. Necesito hablar contigo.

—¿Ha pasado algo? —se preocupó de inmediato. Primero negué, luego me encogí de hombros—. Ven, vamos a la habitación de invitados, ahí tu padre no nos buscará.

Caminamos hasta esa habitación, que nunca era utilizada, pues no teníamos invitados, nadie aguantaba en mi casa más de media tarde gracias al divertido de mi padre. Entramos y mi madre echó el pestillo para que nadie nos pillara infraganti. Luego nos sentamos en la cama y me miró, aunque por su modo de observarme, intuía que sabía lo que le iba a exponer y eso me facilitaba las cosas. Iba a hablar, pero me paró.

—Antes de que digas nada, he decidido una cosa. —Se quedó callada y le di un apretón en la mano—. Voy a separarme de tu padre.

Me dolió, pero me lo esperaba, además, era lo mejor para ambos. Mi padre no era malo, pero su manera de ser hacía que nos alejáramos de él, por mucho que lo evitara, siempre acababa metiendo la pata hasta el fondo.

—¿Estás segura? Es decir, yo te apoyo en la decisión que tomes, mamá. Me duele, no voy a negártelo, os amo a los dos, pero...

—Pero sabes que nos estamos haciendo mucho daño. —Asentí tras su interrupción.

Unas lágrimas involuntarias se derramaron por mis mejillas, lo que provocó que mi madre

también se derrumbara y me abrazara.

—Los dos te queremos, cielo, te adoramos con el alma, eso no va a cambiar jamás.

—Lo sé, mamá, lo sé.

Nos quedamos ahí, abrazadas por unos largos minutos, desahogándonos por los acontecimientos que se expondrían pronto; necesitábamos estar así, juntas, unidas, llorando sin que nadie nos regañara por quejarnos por tonterías. Mi madre y yo éramos iguales, muy pasionales, intensas y sensibles.

—Ahora, dime, ¿qué era eso que me querías decir? Aunque creo que ya lo sé —aseguró, secando mis lágrimas.

—Yo, Eloy... Nos queremos, mamá. Estamos enamorados. —Suspiró resignada.

—Me lo ha contado tu tía Judith y...

—Yo sé que no te hace gracia que esté enamorada de mi primo, aunque realmente no lo sea —le solté de pronto, lo que la sorprendió sobremanera.

Se levantó de la cama y me dio la espalda unos segundos, parecía estar avergonzada por habernos ocultado ese secreto.

—Lo siento, no sabía que nos escuchabas a tu padre y a mí cuando discutíamos eso. —Se dio la vuelta—. No, Eloy no es tu primo de sangre, pero os habéis criado juntos, es como tu hermano. ¿De verdad estás enamorada de él? —Asentí, ahora levantándome yo para acercarme a ella.

—Lo amo demasiado, mamá, y él también a mí; no quiero esconderlo, no quiero esconderme. Se lo diré a papá.

—¿Estás loca?! Tu padre pondrá el grito en el cielo. —Me encogí de hombros, me importaba bien poco—. Luna, haz las cosas bien, por favor. —Negué—. Por mí.

—No, mamá, se acabó. Ya no voy a esconder más lo que siento y, si a mi padre le molesta, me da igual. Eloy no es mi primo y, aunque lo fuera, nos queremos y eso no es malo. —Me acerqué a la puerta y, antes de salir, la miré—. Puedo hacer esto sola o con tu apoyo, aun así, lo haré.

Sopesó unos segundos lo que le había dicho y al final se acercó a mí y asintió dándome ese apoyo que necesitaba: me ayudaría. Por un momento creí que se negaría, pero conocía a mi madre y sabía que al final estaría a mi lado en esta decisión.

Salimos de la habitación y fuimos hasta el despacho de mi padre, donde llevaba encerrado desde que discutió con mi madre, ni siquiera había comido. Di unos toques en la puerta y, tras su permiso, entramos las dos. Cuando nos vio, se levantó de inmediato, dándose cuenta de que esa conversación era de las que traían problemas, al menos para él.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Tu hija tiene que decirte algo —respondió mi madre antes de que yo hablase.

Estaba nerviosa, no lo iba a negar, y sabía que después de esta conversación las cosas iban a cambiar. Podría ser para bien o para mal, pero iban a cambiar.

—Papá, estoy enamorada —dije en principio.

—Ah, no esperaba eso. ¿Quién es el afortunado? —se interesó, sentándose de nuevo en su silla.

—Eloy, Eloy es el afortunado.

No esperó ni a que lo repitiera cuando se levantó dando un manotazo en la mesa y mirándonos, a ambas, con los ojos inyectados en sangre. No le gustó saberlo y menos que yo se lo dijera.

—¿Estás de coña? No voy a permitirlo, no te lo permito —sentenció, mas yo no me iba a

quedar callada.

—Me da igual, es mi vida y la persona a la que quiero. —La voz me temblaba, las piernas me temblaban, toda yo lo hacía.

Mi madre, por el momento, se mantenía al margen, pero apretándome la mano.

—Me importa una mierda que sea tu vida, eres menor, estás bajo mi techo y es tu primo. ¿Qué parte no has entendido para que te haga un puto croquis? —Iba a responderle, pero no me dejó—. No quiero oír ni una estupidez más, tú te olvidas de tu primo...

—¡No es mi primo! —grité, agotada, interrumpiéndolo—. Eloy no es mi primo, ya lo sé todo.

—¿Se lo has dicho tú? —Miró a mi madre de mala manera, ella no le respondió—. No sé qué cojones te está pasando, Fernanda, pero esto no lo voy a permitir.

Ella seguía sin responder, solo lo miraba. No me gustaba cómo se miraban, no me gustaba darme cuenta de que mis padres ya no se querían. Para mí siempre fueron un ejemplo a seguir, cómo sobrepasaron las barreras que la vida les puso, pero cómo habían acabado, mal, muy mal.

Entonces se levantó como un resorte y se puso frente a él con los ojos vidriosos, estaba a punto de echarse a llorar. Ella sí lo quería, aún lo quería, pero todo había terminado.

—Se acabó.

—¿Qué se acabó?

—Esto, lo nuestro, se acabó. Quiero el divorcio, Hugo. —Mi padre palideció.

—No, no... Fernanda, morenita, por favor.

Hacía muchísimo que no escuchaba a mi padre decirle morenita, hacía muchísimo que no lo veía como un niño asustado. Bueno, nunca lo había visto así y me dio pena. Me senté, ahora no podía inmiscuirme en su conversación.

—Lo siento, no ha sido una decisión fácil, pero es la que hay. Estoy harta, cansada de tu actitud. Has cambiado, Hugo, y, o no te das cuenta, o no quieres, pero has hecho que nos alejemos de ti. —Le temblaba la voz, no aguantaba más.

—Luna, ¿nos puedes dejar a solas? —me pidió él.

Me levanté para salir, pero mi madre se negó.

—No, quédate. No quiero que te vayas.

—Por favor, Fernanda.

Mi madre se alejó de él antes de que la cogiera de las manos y caminó hasta mí para irnos hacia la puerta.

—No lo hagas, Fernanda. No quiero, no puedo vivir sin vosotras.

—Has tenido mucho tiempo para pensar en la solución a tus problemas, porque son tuyos y de nadie más. Ahora ya no hay marcha atrás y esta es una decisión que solo me implica a mí, a tu hija no la perderás, pero a mí, sí.

Y sin más, salimos del despacho con el alma destrozada, los ojos anegados en lágrimas y el corazón en un puño. Las separaciones no eran plato de buen gusto para nadie y menos después de tantos años de unión.

CAPÍTULO 13

Eloy

No quería irme y dejarla sola sabiendo que estaba mal, pero tenía que respetar su soledad, ahora la necesitaba más que nunca. Volví a mi casa y me encontré con mi tía Fernanda, que regresaba a la suya.

—¿Tía, estás bien? —me preocupé, tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

—Sí, cielo, no te preocupes.

—Pase lo que pase, me tienes aquí, ¿vale? —Asintió y me abrazó con cariño.

Esperé a que entrase en su casa y seguí mi camino, iba a hablar con mi madre para preguntarle qué ocurría. La verdad era que no me gustaba ver mal a las personas que quería y mi tía y Luna estaban entre esas personas.

Cuando llegué, busqué a mi madre, pero no la vi por ningún lado. Entonces pensé que podría estar en el despacho con mi padre, así que me acerqué hasta la puerta, que estaba abierta. Iba a entrar cuando escuché algo que no debería y que me dejó anclado al suelo.

—Tenemos que decirle la verdad a Eloy, Héctor.

—No podemos, nos odia.

—No puede seguir creyendo que somos sus padres, tiene que saber que es adoptado.

No pude reaccionar, me quedé congelado. Quería entrar y gritarles por qué me habían engañado durante tanto tiempo, mas no pude. Las lágrimas se desbordaron y un dolor en el pecho me hizo reaccionar. Me habían hecho daño, no era ningún niño para tenerme engañado de este modo. Me di la vuelta para escapar y esconderme, ahora no podía ponerme frente a ellos. Sin embargo, antes de siquiera poner un pie fuera de la casa, mi madre me vio y me llamó. Yo estaba de espaldas, no podía mirarla a la cara, no ahora. Sentí su mano agarrar mi brazo, obligándome a darme la vuelta y comprobar mi estado, lo que hizo que pusiera una de sus manos en sus labios, hundiéndose al ver que los había escuchado.

—Eloy, yo...

Me solté de su agarre y salí corriendo para no tener que hablar con ella, no en este momento que no podía ni mirarla a la cara. Escapé, aunque sin saber muy bien a dónde ir. Caminé por los alrededores y, en un parque cercano a la casa de Eva, me senté para pensar, aunque no había dejado de hacerlo desde que salí de mi casa. Suspiré, buscando una calma que no llegó y menos después de que empezara a recibir llamadas de mi madre... Bueno, no era mi madre. Dejé el móvil sobre el banco, dejándolo boca abajo para no tener que ver las notificaciones. Estuve horas ahí, mirando la nada, la cabeza me daba vueltas, muchas vueltas, proyectando todos los recuerdos que había vivido con mi familia.

—¿Eloy? —Escuché que alguien me llamaba. Miré, era Eva—. ¿Qué haces aquí?

Sin invitarla, pues no estaba para hablar con nadie, se sentó a mi lado.

—No me lo tomes a mal, pero quisiera estar solo —le pedí en tono conciliador, mas me ignoró.

—No pasa nada, lo entiendo. No quieres hablar conmigo. —Se levantó, alzando las manos—. Es normal, nadie quiere hablar nunca con Eva.

—No, no es eso.

—No, de verdad, no pasa nada.

Iba a irse, pero la cogí del brazo para que no lo hiciera y le pedí que se sentase de nuevo. Al menos me desahogaría con alguien que no tenía nada que ver con mi familia, solo era la amiga de la chica de la que estaba enamorado.

—Lo siento, no estoy pasando por un buen momento. —Asintió, poniendo su mano en mi hombro—. ¿No tienes a veces la sensación de que la vida puede cambiar en un segundo? —Volvió a asentir, pero esta vez suspirando.

—¿Sabes? Siempre estuve enamorada de ti. —La miré abriendo los ojos exageradamente—. No, no te preocupes, ya no lo estoy. Me di cuenta de que, en realidad, no era de ti de quien estaba enamorada, sino de Mikel. Así como tú has dicho, en un segundo cambió todo.

—Vaya, no me lo esperaba. Siempre os habéis tratado... mal. —Sonrió encogiéndose de hombros.

—Puede que tengas razón, pero era porque negaba lo que sentía, sin darme cuenta de que siempre sale a la luz lo que más queremos esconder... y eso no quiere decir que sea malo, solo que no estábamos preparados para saberlo antes.

Nos quedamos en silencio unos segundos en los que me ayudó a pensar en lo que había dicho, y tenía razón. No podía cabrearme porque no me dijeran que no era su hijo, porque nunca sentí que no lo fuera. Si no me lo dijeron, fue porque era mejor para mí. De haberlo sabido antes, me habría enfadado también, porque siempre buscaba la mínima para quejarme en vez de aceptar que lo que esas personas me habían dado durante toda mi vida era más de lo que merecía.

No podía juzgar a mis padres, eran mis padres y siempre lo serían.

Me levanté rápidamente para volver a mi casa y Eva me agarró, preocupada.

—Eh, ¿qué pasa?

—Tengo que irme. —Sonrió arrugando la frente, extrañada—. Tengo que ir con mi familia. —Me iba a ir, pero antes le hablé de nuevo—. Gracias, Eva. No sabía que serías tú quien me abriese los ojos y que lo harías con una simple frasecita. Eres buena amiga. —Le di un beso en la mejilla y ella me abrazó.

Cuando me soltó y me deseó suerte, corrí de vuelta a mi casa para hablar con mis padres, estaba seguro de que, en este momento, estarían muy preocupados por mí.

El camino se me hizo más largo que cuando salí, eso o las ganas que tenía de llegar. Tardé como unos quince minutos y, cuando llegué, mi madre estaba sentada en el porche, en una de las escaleras, con la cabeza gacha. El coche de mi padre no estaba, entonces supuse que habría salido a buscarme. No le dije nada, solo me senté a su lado y agarré su mano para que me mirase. Cuando lo hizo, cuando mi madre me miró, sus ojos se llenaron de lágrimas y la abracé. ¿Qué otra cosa podría hacer? Era mi madre y su dolor era el mío.

—Perdóname, cariño. No quería engañarte... Yo, no quería... —Puse mi mano en su boca, no quería escuchar más.

—Perdóname tú, mamá. Tendría que haberte escuchado y no lo hice.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? Yo pensé que no me hablarías más y mira, aquí estás —Le tembló la voz, casi no podía hablar.

—Solo pensé que... —Hice una pausa—. Me di cuenta de que soy muy importante para vosotros, que, si estoy aquí, fue gracias a vosotros y eso, por mucho que me duela saber que no sois mis padres, es lo que cuenta. Me habéis dado una familia, amor, todo lo que un niño necesita, lo que sigo necesitando. No puedo odiaros porque os adoro, mamá.

Me apretó tan fuerte que me hizo daño, con lo pequeña que era y la fuerza que tenía. Mi

madre era una guerrera, siempre lo fue y siempre lo sería. Me enorgullecía de tenerla conmigo, de que fuera mi madre.

El coche de mi padre aparcó frente a nosotros casi derrapando y salió a toda prisa, él y Luna, que, al parecer, lo acompañó. Cuando me vieron, ambos vinieron hasta mí. Luna dejó que mi padre me estrechara entre sus brazos y me apretase, casi metiéndome en su pecho. No sabía que se podía querer tanto hasta ahora. Me di cuenta de que mis padres darían la vida por mí.

—¿Dónde has estado? Te hemos buscado por todas partes. No vuelvas a hacernos esto, por favor —decía sin parar—, no vuelvas a alejarte —me pidió entre lágrimas.

—Lo siento, lo siento mucho.

Cuando estuvimos más calmados, íbamos a entrar, pero me di cuenta de que Luna se quedaba atrás. Le pedí a mi padre unos minutos y nos dejaron solos. Me acerqué a ella y la abracé y besé, ya estaba cansado de esconderme de todos, incluido su padre. No se esperó ese beso y tampoco lo rechazó, todo lo contrario, se pegó más a mi cuerpo, subió sus brazos y me rodeó el cuello. Sus manos agarraron mi pelo y yo me perdí en su boca, en esa boca que me iba a volver loco en cualquier momento. Nos separamos unos milímetros y la vi sonreír con los ojos aún cerrados.

—Siento haberte asustado —me disculpé y abrió los ojos.

—Sí, me has dado un buen susto. —Me pegó en el brazo—. Eva me ha dicho que estuvo hablando contigo. —Asentí.

—Es una buena amiga —le aclaré—. Nunca pensé que sería ella la que me aclararía, pero lo hizo y me alegro.

Cogí su mano para entrar, pero se negó.

—Eh, ¿por qué no vienes?

—Creo que ahora necesitáis estar solos. —Su voz sonó apagada, triste.

—¿Estás bien? Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, te quiero.

—Ya se me pasará... Ahora entra, tus padres te están esperando. —Besé sus labios de nuevo y la solté.

Me quedé mirándola y se dio la vuelta, en ese momento vi a su padre en la puerta de su casa; nos había pillado en pleno beso. Tragué saliva, nervioso, pues nos miró con asco y... ¿odio? No, no creía que mi tío nos odiara por amarnos. Luna caminó hasta su casa y su padre, antes de que entrara, la agarró del brazo, mas ella se soltó sin decirle ni media palabra.

Sin más, me di la vuelta y entré en mi casa, no me importaba nada más en este momento que no fuera estar con mi familia. Pensé que mi tío me llamaría o pararía, pero no lo hizo y lo agradecí.

Mis padres me esperaban en el salón y me senté al lado de mi madre. Vi que tenía algo entre las manos y me lo enseñó; era una foto mía, una que no había visto nunca, de niño. Estaba algo demacrado, con ropa vieja. Subí la cabeza para mirarla y suspiró.

—Soy estéril y deseaba con todas mis fuerzas ser madre. Cuando conocí a tu padre, no quería estar con él porque me negaba a estar a mi lado a alguien que no tendría nunca la dicha de tener un hijo... —Quise callarla, mas no me dejó—. Nos casamos y decidimos que podíamos adoptar y, aunque al principio queríamos un bebé, no pude cuando te vi. —Se quedó en silencio, aún seguía llorando—. Me enamoré de ti y le dije a tu padre que tú eras nuestro, que tenías que ser nuestro hijo. Tenías tres años.

—Eras el niño más risueño que habíamos visto jamás, hasta tus ojos sonreían —comentó mi padre con la voz entrecortada.

—Entonces nos dimos cuenta de que era tú —terminó por decir mi madre.

No sabía desde cuándo, pero estaba llorando. Mis padres me eligieron, decidieron que yo sería su hijo y me dieron todo el amor que sentían, yo solo debía estar agradecido, porque si ellos me eligieron cuando otros no, ¿por qué yo no los elegiría a ellos siendo lo mejor que tenía en mi vida? Los abracé con fuerza, importándome muy poco parecer frágil, en este momento necesitaba a mis padres más que nunca, necesitaba que supieran que yo también los amaba, aunque estaba seguro de que lo sabían. Tantos momentos vividos juntos, tantos años a su lado y tanto que nos faltaban aún.

—Os quiero muchísimo —declaré con la voz cargada de emoción.

—Nosotros a ti te amamos, mi cielo —respondió mi madre.

CAPÍTULO 14

Luna

Había estado muy preocupada por lo que pudiese pensar Eloy de ser adoptado, pero viendo cómo mis tíos se desvivían por él, no tenía ningún motivo para ello. Mi tío, nada más enterarse de que se había marchado, fue a llamarme para ir a buscarlo, creyendo que yo le sería de ayuda, mas no fue así, no lo encontramos y, si no fuera porque mi amiga Eva me dijo que había estado con él y que ya se había marchado, aún estaríamos buscándolo.

Cuando me besó, me puse nerviosa, no porque me besara, todo lo contrario... no quería que mi padre nos viera, aunque se suponía que yo me había hecho la valiente y le había confesado que estaba enamorada de mi primo. Entonces, ¿por qué tenía tanto miedo a lo que pudiese hacer?

Quiso hablar conmigo, pero no era el momento y lo dejé con la palabra en la boca. Cuando entré en casa, vi a mi madre guardando cosas del salón en un par de cajas. No me lo esperaba, no que fuese tan rápido. Me acerqué a ella y le quité el marco de una foto familiar donde estábamos los tres, una de las Navidades en las que mi abuela trajo un jersey a juego.

—Es mi favorita —le dije—. ¿Te acuerdas la que lio papá? Decía que le picaba todo. — Sonreí y pensé que ella lo haría también, pero su seriedad me mataba.

—Quédatela tú si quieres —respondió.

El silencio que se instaló en unos segundos fue aterrador, tanto que por un momento fue como si la casa estuviera vacía. En realidad, así se quedaría en unos días.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres hacer, mamá? —pregunté en un hilo de voz—. Es decir, sé que mi padre la ha cagado, pero...

—Pero nada, Luna. He pasado por mucho con tu padre y siempre la caga, no es nada nuevo. Lo peor de todo es que siempre acabo perdonándolo para que después vuelva a cagarla, ya estoy cansada.

Sus duras palabras me hirieron, aunque tenía razón, seguía siendo mi padre y no era consciente de lo que necesitaba tenerlo a mi lado hasta que vi el amor que tenía Eloy con los suyos. Yo quería algo así, yo tenía algo así... Ya no y se me partía el alma. Solo me quedaba acostumbrarme o hacer que se perdonaran, cosa que estaba demasiado complicada. Al menos podría intentar que tuviesen una buena relación por mí.

Se me ocurrió hacer un encuentro entre ambos y preparar algo que les recordara el motivo por el que empezaron su relación. Iba a ser complicado, no imposible.

—Está bien, si necesitas algo, llámame. Iré a ver a Eloy. —Le di un beso y la dejé con su tarea.

No sabía lo que haría, ni cuando, pero algo haría. Mis padres no podían separarse de este modo, no así. Tenían que hablar tranquilamente, escucharse, cosa que nunca hacían.

Salí de mi casa y me fui a la de mi tía, aunque no para ver a Eloy, necesitaba hablar con mis tíos, ellos eran los únicos que podrían ayudarme en este momento.

Mi tía Judith estaba en la cocina preparando un picoteo, por lo visto tenían pensado ver una película juntos y me sentí un poco intrusa cuando me invitó a quedarme, se suponía que querían pasar tiempo los tres juntos y yo había llegado para traerle otro problema.

—¿Te pasa algo, mi vida? —se interesó mi tía.

Estaba ayudándola a cortar un poco de queso, pero me vio cabizbaja.

—Desde que has llegado no has dicho nada.

—No, no es nada —mentí.

—Ya sé que tu madre le ha pedido el divorcio a tu padre, cariño. —Se acercó a mí y me abrazó.

En ese momento, en el que sentía que alguien se preocupaba por mí, me eché a llorar. Mi madre estaba tan metida en guardar las cosas que no se daba cuenta de que me estaba haciendo daño toda esta situación.

—Ya, mi niña, tranquila, todo pasará —me dijo al oído mientras me acariciaba la espalda.

—No, eso no será así. Mis padres se van a separar y todo por mi culpa, porque yo me enamoré de Eloy. —Ella negó, separándose.

—Eso no es así, sabes que no es así. Es cierto que, si no hubiese pasado eso, a lo mejor ahora no estarían en esta situación, pero hubiese sido pan para hoy y hambre para mañana. —Cogió mi mano y me llevó a sentarme con ella—. Luna, tu padre es un hombre terco, malhumorado y obsesivo, pero os ama a las dos con su vida y eso, aunque me joda porque sabes que no lo trago, es una realidad. Aun así, es tu madre la que ha tomado la decisión, está cansada de que tu padre le prometa un cambio que no llega. Aquí es él quien tiene que luchar por su familia, no tú, mi niña, y mucho menos echarte la culpa.

—Pero algo hay que hacer, si tú misma dices que mi padre ama a mi madre, tenemos que conseguir que se den una última oportunidad. No podemos dejar que esto acabe sin más.

Mi tía se quedó en silencio unos minutos y eso solo me decía que estaba pensando en algo, por eso sabía que venir a hablar con ella era la mejor idea que podía tener. Un instante después, se levantó y salió de la cocina. No sabía a donde había ido, solo me dijo que esperase ahí un momento. Llegó Eloy para ayudarme y nos pusimos a preparar todo. Ese rato con él hizo que me olvidase un poco de todo, pues vino el chico que me hacía reír, el que conseguía que me carcajeara por una simple tontería.

Me abrazó por la espalda y besó la nuca mientras yo emplataba el queso. Poco después, él comenzó a llevar platos al jardín, hacía una noche muy bonita y llegó mi tía con una sonrisa que me auguraba buenas noticias.

—Ya está, esta noche intentamos que hablen —anunció.

—Gracias, tía.

—No hay de qué, mi cielo. Sabes que me tienes aquí para lo que necesites.

Me dio un abrazo y, cuando terminamos de preparar todo, salimos para sentarnos al aire libre, a ver las estrellas y pasar una noche fantástica. Mi tío Héctor vino después con bebida y se sentó al lado de mi tía. Le dijo algo al oído y ella sonrió complacida, fuera lo que fuera lo que le dijo, le gustó y a mí también, pues me miró y guiñó un ojo, así que era algo de mis padres.

Entre risas y música de fondo, pasamos una hora que se me fue volando. Tocaron al timbre y mi tío fue a abrir, segundos después, entró con los dos, mis padres habían llegado a la misma hora y, aunque mi madre no tenía intención de quedarse, no le haría el feo a mi tía Judith, que, por otro lado, los obligó a sentarse.

Mis padres se miraron, pero no se dirigieron la palabra, mi tío Héctor nos pidió a Eloy y a mí que nos fuéramos y los dejáramos solos con mi tía, que era la que iba a hablar con ellos. Yo quería quedarme para escucharlo todo, pero no me iba a ser fácil. Sin embargo, y sin que se enterasen mis padres, lo oiríamos todo porque mi tía iba a llamar a mi tío y tendría el teléfono en el bolsillo, para que ellos nos supieran que lo íbamos a saber todo.

—Ahora tenéis que quedaros callados, ¿vale? —nos pidió mi tío, y asentimos.

—Quiero pedirlos disculpas por haberos traído a los dos, sé que ahora no queréis ni miraros a la cara o eso parece —empezó a decir mi tía.

—No sé a qué viene esto, Robles, pero mejor me...

—Tú no te mueves de aquí, capullo.

Miré a Eloy y a mi tío y este sonrió orgulloso, mi tía era mi heroína y de mayor quería ser como ella, al menos tener las agallas que poseía.

—Ahora me vais a oír los dos. —Silencio—. Hugo, no me puedo creer que no seas capaz de reconocer lo estúpido que has sido siempre...

—Empiezas bien, Judith.

Se estaban llamando por su nombre y eso era un gran paso.

—Es que me parece una estupidez que ahora, a estas alturas, tengáis pensado separaros y todo porque nuestros hijos se han enamorado, venga ya. Sí, se han criado como primos, pero no lo son y, aunque lo fueran, no le veo el problema.

—Pero es que yo no le he pedido el divorcio por eso, vale que ha influido y más que él no lo acepte, pero ha sido un cúmulo de cosas y tú mejor que nadie lo sabes, Judith, sabes toda mi vida y lo que... —Se quedó callada.

Por un momento sentí la necesidad de salir y gritarles a los dos que eran unos egoístas, que solo miraban por su bienestar, pero no lo hice, no podía hacerlo, no aún.

—Lo sé, Fer, pero a veces hay que hablar las cosas, no gritarlas. ¿Habéis hablado alguna vez? Y no me refiero a lo que vosotros hacéis, me refiero a escucharos de verdad. Yo creo que no, que no lo habéis hecho y eso es lo primero que tenéis que arreglar antes de tomar una decisión definitiva. Por otro lado, si os vais a separar, al menos terminad bien, vuestra hija os lo agradecerá.

Segundos después, mi tía colgó y no escuchamos nada más. Me senté, frustrada, en el sofá y Eloy me abrazó.

—Tranquila, verás que todo se arregla. —Besó mi cabeza.

Mi tía llegó y se sentó conmigo para después pedir que nos dejaran solas.

Sabía que nada se iba a arreglar, que la decisión estaba tomada y mis padres se iban a separar. Yo había pedido una vez, en mis pensamientos, que se separaran, que sería mejor para ambos, pero ahora que eso era una realidad me arrepentía de recordarlo siquiera.

—Cielo, sé que te dije que te iba a ayudar, pero solo ellos tienen la última palabra. Ahí los he dejado a ver si son capaces de hablar entre ellos, aunque no lo creo. He visto a tu madre muy segura y a él, pues como siempre... Hugo siempre será Hugo.

—Gracias, tía. Sé que lo hiciste con buena intención.

Un rato después, mis padres vinieron al salón y me pidieron que fuera con ellos a la casa, querían hablar conmigo. Abatida, me levanté y, tras despedirme de Eloy con un beso, fui con ellos.

Caminamos en silencio hasta nuestro hogar y entramos directos en el salón. Yo me senté, ellos se quedaron de pie, uno a cada lado, como si estuvieran esperando al otro para comenzar. Yo no los podía mirar, por lo que tenía la cabeza gacha, con los ojos clavados en mis zapatos; era mejor mirar eso. Escuché un carraspeo y alcé la mirada, mi padre estaba llorando delante de mí.

—Perdóname, Luna. No he sido el mejor padre y he hecho cosas que no te gustaban, que no os gustaban a ninguna de las dos. Sé que soy insufrible y hasta algo gilipollas, ahora es cuando entiendo a tu tía Judith por llamarme así tantas veces, pero no lo sabía hasta que me he dado cuenta de que os perdía. —Cogió mis manos y le pidió a mi madre que se sentara a mi lado. Nos

miró a ambas—. Sé que no puedo borrar todo en un momento y tampoco puedo pedir que lo olvidéis... —Suspiró—. Me iré, solo un tiempo, dejaré que tengáis vuestro espacio.

—Pero...

—Es lo mejor, cariño —murmuró mi madre—. Tu padre y yo necesitamos echarnos de menos, saber si nos queremos tanto para afrontar todo.

—¿Os vais a separar? —Negaron, lo que me alivió—. ¿Entonces?

—Iré a llevar las empresas de Londres y volveré antes de que te des cuenta. Solo espero que, cuando eso pase, no sea tarde. —Soltó mis manos para coger las de mi madre—. ¿Me esperarás? —Se encogió de hombros—. Al menos dime que pensarás en lo nuestro.

—Eso sí lo haré.

Ambos sonrieron y se acercaron para darse un beso, un casto beso que duró más de lo que ambos esperaban. Cuando se separaron, me abrazaron y cobijaron entre sus brazos. No los perdería, al menos quedaba una pequeña esperanza de reconciliación y eso hacía que mi corazón dejara de sufrir como lo hacía.

Seguimos hablando un rato más, mi padre se iría esa misma noche y quería pasar con nosotras el máximo tiempo posible, mayormente conmigo. Hubo un momento en el que nos quedamos a solas y me pidió perdón por haber sido tan duro conmigo y con Eloy, más con él. Recordó lo que le dijo cuando era niño y se avergonzó por haber hecho eso después de lo que su hermano y mi tía habían sufrido por no poder ser padres. A veces, había que ser más empático y no tan cabrón.

Me sorprendió que aceptara que me había enamorado, alegando que tenía edad de cometer locuras y errores, aunque este no fuese el caso, pues yo sabía que el amor que sentía por Eloy era tan fuerte que duraría toda la vida.

Tras cenar juntos en familia, cosa que últimamente no hacíamos, se marchó. Mi madre me consoló por horas, quedándose incluso conmigo en mi habitación, esperando a que me durmiera, pero luego se fue y volví a despertarme con la sensación de vacío.

Escuché unos toques en la puerta de la terraza y mi salvador, el chico que hacía que mis días y mis noches fueran mejores, estaba al otro lado. Abrí la puerta y me abalancé sobre él.

—Hola, pequeña —me saludó con un beso en los labios.

Me sentía completa cuando él estaba a mi lado, sentía que era la persona que me ayudaría a ser mejor en la vida, que lograría que yo fuera mejor para mí. Salimos y nos sentamos, ya era tarde, pero las estrellas aún brillaban, incluso más que antes.

—¿Estás bien? —se interesó.

—Ahora sí. —Me acurruqué en su pecho.

—Sé que lo estás pasando mal, pero estoy aquí, siempre estaré aquí.

—Lo sé

Puso sus dedos en mi barbilla, obligándome a subir la cabeza, y rozó sus labios con los míos, pero con un solo roce ya necesitábamos más. Porque nosotros no podíamos parar cuando estábamos juntos, porque su piel y la mía estaban unidas en una sola. Su corazón era mío y el mío, suyo. Pensé que me vería buscando su piel sin saber que siempre había sido mía.

EPÍLOGO

Luna

Dos años después.

Había pasado demasiado tiempo desde que mis padres pensaron que lo mejor era separarse y la verdad, fríamente, había sido lo mejor para ellos. Sin embargo, desde hacía meses, mi madre iba a Londres con frecuencia; mi padre estuvo un año entero sin venir y ese tiempo lo habíamos extrañado demasiado. Ahora, parecía que todo iba bien entre ellos, estaban yendo despacio y eso era un punto a favor.

Solo faltaba un día para mi dieciocho cumpleaños, ya iba a ser mayor de edad y estaba loca porque llegase. Habíamos planeado una vida juntos, Eloy y yo, pues yo empezaría la universidad y mi intención era irme a vivir con él.

Estos dos años de relación habían sido lo mejor de mi vida, jamás pensé que podría llegar a amar a nadie tanto como lo amaba a él y no creía que fuese capaz de dejar de sentir este sentimiento que día a día iba a más, mucho más.

Desde que mi madre viajaba a Londres, mi abuela se quedaba conmigo, para no estar sola.

Sobre las doce de la noche estaba en mi terraza, como siempre, esperando a que mi príncipe viniera para estar conmigo, era nuestro momento. Sin embargo, pronto eso no sería así, porque despertaríamos juntos cada día. Eloy llegó con su sonrisa a corromper mi corazón añorado y me volvió completamente loca por él.

—Buenas noches, princesa —me saludó, acercándose a mí para después besarme.

—Buenas noches, príncipe. —Le guiñé un ojo.

—¿Sabes que ya es tu cumpleaños? —preguntó sin borrar la sonrisa.

—No soy de las que piensan que a las doce ya es el siguiente día, aún faltan muchas horas.

—Pues yo ya te traje mi regalo —anunció, sacando una cajita del bolsillo del pantalón.

—No hacía falta, yo llevo dos años sin regalarte nada, incluso creo que aún tengo en el cajón tu regalo de los dieciocho. Ese año fue un poco caótico.

—Ese año es mi favorito —replicó, pasándome un mechón tras la oreja.

—¿Por qué?

—Porque fue cuando pude besarte por primera vez, cuando nos dijimos te quiero. Sé que fue malo en muchos aspectos, pero también nos ayudó a crecer. —Asentí dándole la razón.

Sin esperar respuesta, me dio la cajita. Estaba un poco nerviosa, los regalos siempre me ponían así, no me gustaban mucho las sorpresas. La abrí despacio, como si con eso pudiese retrasar el momento de su marcha. Cuanto más tiempo juntos, mejor.

Cuando le quité la tapa y vi lo que había en su interior, no pude más que echarme a llorar. Era algo simbólico y un recuerdo para toda la vida: un llavero con la primera foto que nos hicimos siendo novios, le di la vuelta y había algo escrito: «Me vi buscando tu piel sin saber que ya era mía». Lo abracé y besé con todo el amor que podía sentir por él. Me senté a horcajadas sobre él sin separar mis labios de los suyos, sintiendo que el momento de sentirnos piel con piel había llegado. Eloy me alzó para entrar en la habitación y depositarme despacio sobre la cama. Sus ojos echaban fuego y mi cuerpo ardía por su mirada, que me recorrió entera.

Poco a poco fuimos despojándonos de nuestra ropa, ansiosos de quedarnos desnudos, así como antes nos desnudamos el alma, ahora necesitábamos estarlo al completo. No dudé, no podía hacerlo más, él era el elegido.

Dibujó mi piel con sus labios, con sus caricias, mientras me deshacía debajo de él, debajo de su fibroso cuerpo. Eloy ya no era ese niño que sonreía y hacía que se me cayera la baba, ahora era un hombre con deseos, los mismos deseos que tenía yo y era hacer el amor, unirnos por completo.

Nunca en mi vida había sentido algo tan fuerte como cuando Eloy me hizo el amor por primera vez. Si alguna vez creí que iba a ser un error elegirlo, me había equivocado.

Como puede ser que algo que no puedo tocar sea más real que lo que puedo tocar, resonó en mi mente esta frase de una canción de Evaluna Montaner y ahora era cuando más cobraba sentido.

Por la mañana desperté sola en mi habitación y por un momento creí que lo que había pasado fue un sueño. La nota de Eloy me despejó esa duda.

Buenos días, princesa:

Quise despertar a tu lado, pero si hacía eso no podría separarme de ti y tengo que preparar una fiesta de cumpleaños. Te lo digo porque sé que no te gustan las sorpresas. Te espero en mi casa a las dos.

Te ama,

tu Eloy

Suspirando como una tonta, me levanté para darme una ducha y desayunar con mi abuela. Sabía que hoy iba a ser un día especial, muy especial.

Cuando me arreglé, bajé y mi abuela ya me esperaba con un plato lleno de tortitas con miel, quería cebarme, de eso estaba segura. Le di un sonoro beso en el moflete y me felicitó por mi cumpleaños, asegurándome de que mi regalo me lo daba más tarde.

Desayunamos con tranquilidad, aunque por dentro estaba ansiosa porque llegasen las dos de la tarde para ir a casa de mis tíos y ver qué me habían preparado. Que no me gustasen las sorpresas no significaba que no las disfrutara.

Miraba el reloj cada cinco minutos y, cuando llegaron las dos menos cinco, salí de mi casa con mi abuela y, prácticamente, la llevé a rastras porque llegamos en menos de dos minutos. Mi tía, sin hacernos esperar demasiado, nos abrió, pero antes de dejarme pasar, me puso un pañuelo en los ojos para que no viese nada.

—No, no me hagas esto, tía Judi —le imploré.

—Shhh, te callas.

Me carcajeé y, con su ayuda y la de mi abuela, caminamos; por el calor que hacía, estábamos saliendo al jardín. No podía esperar más, necesitaba que me quitara el pañuelo de una vez.

—¿Preparada? —Escuché la voz de Eloy en mi oído y después me besó. Asentí, sonriendo como una tonta.

Me quitaron el pañuelo de los ojos y, tras parpadear unos segundos para poder acostumbrarme a la luz, miré al frente y mis ojos se llenaron de lágrimas en cuanto vi a mis padres juntos. No podía creer que fuera real. Corrí hasta ellos y me abrazaron y besaron orgullosos. Yo también lo estaba de ellos, los amaba con todo mi corazón.

—No puedo creer que estéis aquí, juntos. —Los miré—. Juntos —repetí, aunque parecía más una pregunta que una aclaración. Ambos asintieron y por fin mi corazón se llenó de dicha, de completa dicha.

Era una suerte tener una familia tan unida como la mía. Era una suerte estar rodeada de las

personas que más amaba en la vida y aceptar que siempre estaremos así, unidos para siempre. Una vez me sentí sola, igual que, seguramente, mi madre y mi tía, alguna vez en su vida, se habrían sentido como yo, pero llegaron los hermanos Castillo a poner sus mundos patas arriba.

Ahora me quedaba vivir la mía junto al chico de mis sueños, junto a mi Eloy, porque era mío y de nadie más. Me acerqué a él y besé sus labios sin pena, sin miedo y con todo mi amor.

FIN

Judith

Años han pasado desde que comenzó esta historia... Años de vivencias e historias que contarles a nuestros nietos. Una vez tuve miedo a dar pasos a ciegas, pero llegó Héctor y me abrió los ojos, me ayudó a seguir adelante a su lado. Me regaló una familia y me hizo feliz, tal y como me prometió un día. Por eso tengo que darle las gracias, por todo lo que me ha dado y me sigue dando.

Y a ti, lector, persona que está al otro lado, gracias por seguir esta serie, esta historia de una familia que empezó siendo pequeña y se convirtió en todo mi mundo. Gracias por enamorarnos de la familia Castillo, aunque sé que me amáis más a mí. Lo sé, soy la puta ama.